ERINA ALCALÁ



UNA PUERTA ENTRE DOS MUNDOS

UNA PUERTA ENTRE DOS MUNDOS

(Erina Alcalá)

A mis amigos de octavo de EGB:

Rosa, Amalia, Manoli, Manolo, José y Eugenio.

Prólogo

Y ahí estaba yo.

20 años después, frente a aquella puerta desvencijada, vencida por el tiempo, con las tablas aún torcidas, gris y redondeada por encima, casi rendida, pero aún en pie. Igual que el torreón, lo único que quedaba del viejo castillo.

Había vuelto sola al pueblo desde Sevilla, donde había vivía y dónde aun tenía mi piso de alquiler cerca del centro.

Sola, no como aquella vez, cuando tenía catorce años y todo parecía misterioso y un juego de niños. Cuando todo pasó y todos mantuvimos el secreto porque nadie iba a creernos. Cuando yo lo vi a él.

Jaime.

Un nombre que se me quedó grabado como una herida que nunca cierra.

Un amor adolescente e imposible. Un amor a destiempo, fuera del tiempo. Porque él no era de mi mundo ni de mi época.

Nos vimos en 1976, y sin embargo, él pertenecía a 1431.

Desde entonces, no hubo nadie más. Ni siquiera mi relación con Fernando, ahora rota, logró arrancarlo de mis sueños, dormida o despierta, nada lo arrancó de mí. Nunca.

Viví una vida entera con su recuerdo clavado en mi alma, como su hubiese amado a un fantasma… o peor, como si hubiera sido lo único real.

Y ahora tenía treinta y dos años y estaba ahí, con una vida vacía a mis espaldas, buscando no sé qué, sin saber que si se abría esa puerta al pasado de nuevo, y él estaría allí, esperándome.

Y podía tener Jaime dieciséis años de nuevo y entonces me desmoronaría como un mar de arena.

El aire se colaba entre las grietas del torreón. Era noviembre y hacía algo de frio y viento, y este susurraba como si me llamara por mi nombre.

Como si el tiempo, caprichoso y cruel, volviera a abrirse ante mí.

Si cruzaba esa puerta… quizá no volviera. No tenía miedo.

Quizá quedara atrapada en su siglo, uno que no era el mío. Quizá lo encontrara, o quizá descubriría que todo había sido una mentira que inventé para sobrevivir en un mundo que no me gustaba.

Pero ya no tenía nada que perder. Salvo la duda. Y la duda, pesa más que cualquier vida.

Apoyé la mano sobre la madera antigua, sintiendo el pulso acelerarse en mi pecho…

1

Nací el 25 de marzo de 1962, con el abrir de la primavera, recién estrenada, en Higuera de Calatrava, Jaén, en el mismo pueblo, con ayuda de una matrona que me cortón el cordón umbilical para arribar a este puerto, y me deshuntó de sangre y agua.

Siempre he pensado que ese detalle dice mucho de mí, porque desde niña, he sentido que llevaba algo de esa estación dentro.

Mi pueblo era pequeño, apenas 700 habitantes, pero para mí, lo era todo, mi origen. Un pueblo rodeado de olivos verdes en formación casi militar. Por dentro cuestas, como un camisón sobre la loma. Casas blancas encaladas en ese tiempo que brillaban con el sol como si estuvieran recién pintadas cada día. Calles anchas y estrellas, de ambas, empedradas, con cuestas que te hacen subir y bajar casi sin darte cuenta, manteniendo a raya los pulmones.

En verano, el calor lo llenaba todo y en invierno, el frio se colaba entre las piedras, el pueblo se llenaba de aceituneros de pueblos de Granada y siempre había vida, siempre había gente.

Yo vivía en la parte alta de la derecha del pueblo. Desde allí, las vistas al horizonte eran espectaculares, se veía el campo abierto desde mi ventana del dormitorio que compartía con mi hermana Paqui, tres años mayor que yo. Un mar de olivos verdes que parecía no tener fin. Me gustaba mirar hacía afuera y perder la vista en ese paisaje, como si el mundo empezara justo allí.

El lavadero, el gran cuartel de la guardia civil, la iglesia, como una catedral pequeña, la ermita de san Isidro, la plaza de abastos y el torreón como parte de un antiguo castillo, eran aunque dejados, parte de la arquitectura del pueblo.

Fui una niña de campo, de familia humilde. No teníamos mucho, pero nunca pasamos hambre. Mi padre criaba animales, que yo cuidaba porque amaba los animales. Se hacía matanza con un cochino y se guardaba en orzas, chorizos, lomos y se salaban dos jamones y paletillas. Mi madre hacía tortas, magdalenas y mantas en el horno de leña del pueblo.

Era despierta curiosa y sobre todo amaba los libros. Leer era mi manera de salir del pueblo sin ir a ningún lado, de conocer y vivir otras vidas y otros lugares.

Mientras todo seguía igual a mi alrededor, yo viajaba sin moverse.

La escuela era sencilla. Pocos profesores, pocos niños. A veces mezclados por edades y cursos y todo era más cercano y familiar. No había grandes medios, pero había enseñanza y yo la aprovechaba todo lo que podía. Me gustaba aprender, escuchar, entender y era competitiva.

Recuerdo aquella época con una mezcla de sencillez y verdad. Éramos pocos, nos conocíamos todos, y la vida era dura a veces, pero también tenía algo limpio, algo que no se olvida.

Las puertas estaban abiertas y nadie robaba nada ni en las casas ni en el campo.

Y aunque era solo una niña de un pueblo pequeño, yo sentía dentro de mí, que había algo más. Algo que iba creciendo en silencio, entre libros, cuestas y olivos.

En el pueblo, la vida pasaba lenta, sin horarios, salvo los de la escuela, un horario partido que acababa con ese jolgorio de niños a las cinco de la tarde.

Unos niños corriendo y saltando, jugando como potros salvajes, inquietos, activos.

Corrían a por sus bocadillos de pan con aceite y cacao, de salchichón, de chorizo, de lo que fuese, dejar los libros, no había mochilas, solo libros y lapiceros de madera para meter los lápices, de esos que tenían una tapita de madera. Y con el bocadillos salíamos a la calle a jugar hasta el anochecer. Hacíamos los deberes antes de dormir. Corríamos, cantábamos, hicimos una orquesta, cantando en la calle las canciones de moda y nos enamorábamos con ese enamoramiento ingenuo de los adolescentes del ayer.

Al cuartel de la guardia civil, llegó un día, un cabo nuevo, el rango más alto en los cuarteles. Era el hombre de otro pueblo de Jaén, cerca de la sierra de Cazorla. Tanía un hijo, Eugenio. Un chico larguirucho, alto, inteligente, de nuestra edad, distinto, curioso y tenía una máquina de fotos que envidiábamos los del mismo curso. Dos cursos estuvo con nosotros, en

séptimo y octavo. Yo le gusté y fue mi mejor amigo. Aprendí mucho de él. Lo admiraba y envidiaba, con envidia sana porque venía de un mundo distinto al nuestro, sabía más que nosotros. Se fue en septiembre, después de dos años y bien que lo sentí.

Y por él surgió toda mi historia después, por él nació en todos la curiosidad por el torreón y la historia que se contaba a través de los años y que nosotros siete, íbamos a descubrir como arqueólogos y descubridores de campo.

La historia del torreón y su conexión con el cerro castellar, andaba de bocas muy antiguas.

El torreón, era la parte alta de un castillo calatravo, pero nosotros sabíamos que antes de ser castillo calatravo, era árabe, más antiguo que la época de la orden de calatrava de 1158.

Pero los moros entraron a España en el 711 y viendo fotos en la biblioteca del pueblo, pequeña de pocos libros, esos torreones aunque luego fueron calatravos, su origen era árabe.

A un kilómetro y poco del pueblo, había y aún permanece un arroyo, llamado el Arroyo Salado, debido a el sabor de su agua.

Comentaban los viejos del lugar, de generaciones en generaciones que hay un cerro que existe al lado del Arroyo, alto, y que es hueco y se oye el correr del agua y bajo el cerro, había un Castillo, de ahí el nombre del Cerro Castellar, que este castillo bajo el agua, se conectaba por túneles subterráneos, con el castillo principal de lo alto del pueblo, cuyo torreón arriba, servía para divisar al enemigo en el horizonte. Y así poder resguardarse en el otro castillo del Arroyo, por una puerta de piedra, cerrada que el enemigo, si llegaba al castillo no veía. Como si esa puerta de piedra perteneciera a la misma pared.

Y eso a nosotros como niños curiosos, nos llamaba la atención y sabíamos que bajo el torreón debían estar las salas y túneles donde habitaron árabes y calatravos. Y estábamos dispuestos a descubrir.

Pero había que entrar por la puerta de madera del torreón, eso lo podíamos hacer porque éramos delgaduchos y porque había tablas de madera que se

movían dejando espacio para entrar.

Y pensábamos hacerlo, ¿cómo?, a escondidas, sin que nos vieran.

En el recreo, antes de terminar la escuela en octavo, estábamos listos para entrar en esa torre cerrada durante años.

Eugenio

Era el chico más alto de todos, él y yo íbamos a liderar la expedición. Era un niño con pantalones cortos, larguirucho, con ese aire de quién siempre va un paso por delante, e iba. Era el líder sin proponérselo, el que pensaba y los demás seguíamos. Listo… muy listo, tanto que en aquella adolescencia maravillosa, dibujó planos imposibles como el mejor de los arquitectos, para colarnos en el torreón y perdernos por los túneles, como si fuésemos exploradores de otro tiempo.

Era hijo de un cabo de la guardia civil, y aunque estuvo dos años en el pueblo, dejó una huella imborrable en mí, independientemente de que yo le gustase. Recuerdo que en mi cumpleaños, me regaló una postal escrita con un ramo de rosas, en color, que me hizo una ilusión tremenda. Mi primer regalo de un chico.

De ojos verdes y pelo algo rizado y negro, los ojos intensos, y la piel morena de tanto sol. Siempre dispuesto a ayudar, a explicar, a enseñarnos algo nuevo, como si ya supiera un poco más de la vida que nosotros.

Fue mi mejor amigo.

Y sin embargo, discutíamos mucho, discrepábamos en cuestiones políticas, como si fuésemos mayores, como si entendiéramos el mundo mejor de lo que en realidad lo hacíamos.

A veces me enfadaba, él nunca, me tenía una paciencia infinita porque mi vehemencia en defender lo mío era casi cómica. Pero al final volvíamos a sentarnos juntos en los bancos de la escuela, como si nada pudiese romper aquello que nos unía.

Porque más allá de las ideas, estaba todo lo demás, la lealtad, la complicidad y esa forma de mirarnos que decía, que aunque pensáramos

distinto, estábamos en el mismo bando.

Y así fue cómo Eugenio, iba a encabezar y ser el mando en esa expedición apasionante que nos llevaría por túneles a través del tiempo.

Manolo

Manolo, como alumno, era todo lo contrario a lo que uno imaginaría que años después, llegaría tan lejos. Torpe en los estudios, sin interés por aprender, parecía tener la mente cerrada al esfuerzo.

Había en él una mezcla de cobardía e indecisión que lo frenaba incluso en lo más simple. Por tanto, también en nuestra expedición.

Recuerdo que de pequeños fuimos junto con nuestros padres en el único taxi que había en el pueblo a hacernos la foto de comunión al pueblo de al lado, unos años atrás.

Sus padres y sus hermanos, siempre me trataron con un cariño especial, como si fuese una más de la familia.

Durante años, en mis vacaciones de Navidad, cuando ya estaba en el instituto, y luego en la universidad, coincidíamos en la misma cuadrilla para coger aceitunas.

Allí seguía siendo el mismo, alto, moreno, con cierto atractivo, pero flojo como él solo.

Paseaba los libros calle arriba, calle abajo, sin abrirlos siquiera, como si el simple hecho de llevarlos ya fuera suficiente.

Hasta hablar parecía costarle esfuerzo.

Recuerdo que a mi padre, no le gustaban ese tipo de personas. Y tenía dos dichos:

-Si no sabes leer ni escribir, te metes en la guardia civil.

-Y si no sabes nada, ni tienes carrera, la política te espera.

Por eso nunca he terminado de explicarme cómo, con el paso del tiempo, se espabiló de tal manera conociendo leyes, que llegó a ser el alcalde durante tantos años.

A veces, la vida da giros que desconciertan.

Eso sí, de su etapa como alcalde, a pesar de llevarnos muy bien, siempre me quedó una espina: no entendía- ni creo que entienda nunca- que quitara la antigua plaza de abastos, el cuartel de la guardia civil y aquél lavadero antiguo que formaba parte de la vida del pueblo. A pesar de que fuesen obras de Franco. Si es bello, se deja.

Es memoria. Porque hay cosas que no son solo edificios. Y la memoria, cuando se pierde, ya no vuelve.

Pero dejando esa parte a un lado, él era otro que formaría parte importante de la expedición. Dos chicos altos como Manolo y Eugenio, nos eran imprescindibles en nuestra andadura.

José

¡Ay José!... Hoy le llaman Williy, no sé quién se lo puso. José era un caso, pero un caso. En octavo, empezó su incursión en la bebida y en los cigarrillos. Su padre tenía un bar. Yo le gustaba y se lo dijo a mi padre un día, años después. ¡Qué arte!

A José no es que no le entraran los estudios, era inteligente, pero no quería, no estaba por la labor. Se reía mucho porque era un chico que se reía por nada con esa sonrisa fácil y contagiosa que lo acompañaba todo el tiempo, y no tenía interés por los estudios. Estaba en la escuela porque tenía que estar y punto.

Era bromista, de los que aligeraban el ambiente sin proponérselo demasiado.

En clase no lo tuvo fácil. Más de una vez le tocó recibir golpes con la tableta de algún profesor y casi siempre era él el que salía peor parado.

Aún así, tenía algo que otros no tenían: valentía. No se achicaba, ni siquiera cuando las cosas se ponían en su contra.

Le gustaba la aventura, lo que tramábamos entre todos, esos planes medio imposibles que nacían de la imaginación de Eugenio.

Y ahí estaba él, siempre dispuesto. Ayudaba, participaba, se reía, hacía bromas, pero le interesaba.

Era parte del alma del grupo, de esa energía que hacía que todo pareciera más grande de lo que realmente era.

José , no era de libros de normas, pero sí de lealtades. Y eso, en aquellos años, valía mucho más que cualquier nota.

Nuestro secreto estaba a salvo con él.

Nuestro secreto estaba a salvo con todos.

Rosa

Rosa, era la chica guapa del grupo. Gustaba a todos los chicos. Tenía una piel blanquita, un pelo por media espalda, algo ondulado y una figura que llamaba la atención, lo buscase ella o no, y unos ojos rasgados muy bonitos marrones. Era mi mejor amiga desde siempre. Vivíamos en la misma calle, o sea que a aparte, éramos vecinas. Y al lado de la escuela que estaba en la parte alta.

Era alegre, decidida y valiente y con carácter.

Con José estaba siempre a la gresca y cuando peleaban, ganaba ella, vamos que le daba bien dado al pequeño.

Era mi mejor amiga, desde los cuatro años. Si nos enfadábamos por cualquier tontería, al poco rato estaba en mi casa y le decía a mi madre:

-¿Está la Carmen?

Y nos íbamos de nuevo a la calle. Inseparables. No podíamos estar la una sin la otra en ese tiempo, aunque tuviésemos más amigas. Nos contábamos nuestros secretos, de los chicos, de cómo hacían el amor los mayores, de a quién íbamos a pegarle, cosas así de ese tiempo memorable, salvaje y sano.

Y cuando Eugenio nos propuso la expedición, ella dijo que sí, faltaría más. En primera fila. Lo que hiciese falta.

Así era Rosa, hablaba rápido y mandaba al carajo al más pintado, si se pasaba, y si se pasaba mucho, un guantazo… o dos.

También era la que mejores ropas tenía, porque su padre era una especie de funcionario con sueldo fijo en el antiguo sindicato del pueblo. Y se lo podía permitir la familia.

Recuerdo que intentábamos vestirnos igual, con esos pantalones de campana, aunque a mi me los cosiera mi madre.

Éramos las Grecas y nuestro ídolo Camilo Sesto.

Manoli

Manoli era una chica alta, que llevaba un curso de retraso. Sus padres tenían una vaquería, con pocas vacas y un huerto, al lado del campo de fútbol. Se

bajaba con Eugenio al salir de clase porque el cuartel estaba casi al lado de su casa.

Ella era tímida, a veces llevaba ropa algo destartalada y sucia y una coleta mal peinada. Yo me daba cuenta porque me sentaba tras ella. Me daba un poco de pena, porque sus padres no eran pobres de solemnidad. Tenía pocas amigas y fue otra que con el paso de los años, vestía de marca.

Eran tres hermanos y el mayor emigró a Barcelona y el menor murió al año de esta historia. Era un chico alto y gordito y se electrocutó con una barra de hierro en el huerto, cuando la barra dio a los cables eléctricos y él pisaba la tierra húmeda.

Fue algo horrible. Un caso de esos en un pueblo pequeño. Se lloró mucho, la recuerdo cuando me abrazó en el entierro y me decía.

-Mi hermano Carmen, ¡qué pena!

Ella era más miedica para ese asunto, era alta, morena y con los ojos verdosos y aún así, no quería que la pudieran pillar porque se iba a ganar una paliza.

Pero la curiosidad la llevaba por dentro, quería ir, deseaba ir. No quería perderse el misterio enterrado en el torreón, que quizá no fuese nada, o quizá fuese todo.

Y se apuntó, con cautela, pero se apuntó.

Amalia

Amalia, era amiga nuestra de Rosa y mía, pero era un criticona de cuidado. Vivía en la misma calle de José y era prima hermana de él, en una calle cercana a la plaza, el centro del pueblo.

Su padre tenía un rebaño de cabras en la parte baja de la casa, y esta siempre olía a cabra. Amalía tenia ya ese olor intrínseco en su piel y nosotros estábamos acostumbrados.

Era un poco huraña, raras veces reía, aunque lo hacía, le gustaban los niños, pero sabía todo de todo el pueblo, porque lo contaba la gente cuando iban a por leche.

Eran cuatro hermanas. Ningún varón y ella era la tercera. Se llevaban todas un año. Su madre se tiró pariendo año sí, año no. Era inteligente y estudiaba, sus hermanas mayores lo hacían y ella también.

Éramos las que mejores notas sacábamos, ella y yo.

En octavo, todo sobresaliente y un notable ambas. Su notable en Religión y el mío en Francés.

No era muy católica y ahora debe ser una feminista de cuidado. De esas exageradas por el clima, del medio ambiente, fíjate... cuando las cabras de su padre se cagaban en la calle. De manifestaciones por todo, política comunista por todo.

No te dejaba hablar, hablaba y hablaba sin parar, no escuchaba lo que decías, no le interesaba o le daba igual, pero era así era, como un toro, para adelante.

A veces, te ponía la cabeza loca y Rosa y yo no aguantábamos. Le molestaban los chicos, para ella todo el mundo tenía defectos, esto o aquello. Insoportable en muchos momentos.

Y en ese caso, se le pidió discreción porque su lengua era larga, no podía callarse nada. Ponía inconvenientes al principio, pero como a todos, le picó el gusanillo y aceptó. Y ayudó a buscar cosas que nos hicieran falta.

Carmen

Esa soy yo y aquí se cierra el ciclo de los siete magníficos de catorce años.

Yo como buena aries, era una gran aventurera, seguía Eugenio, me contagiaba todo, su valor, sus ganas, su forma de ser activo, la valentía…

Aunque ya era valiente y algo rebelde en ese tiempo. Me encantaban los libros. Era bajita, con el pelo por la cintura, castaño oscuro y liso con una coleta alta, siempre que ha cambiado poco a lo largo de los años.

Me encanta descubrir tesoros ocultos, todo lo oculto, paranormal, cuentos de fantasías, el tema ovni. Todas esas cuestiones me encantaban.

Yo también odiaba sobre todo a los chicos que hacían daño a los perros o les daban una patada, porque en aquellos tiempos los perros, ni tenían chip, ni iban con correa. El tema del daño a los animales lo llevaba mal, pero si tenía que darle patadas a un chico no, se las daba. Estaba normalizado para mi.

Era morena, de estar al sol porque a veces al salir de la escuela, mi padre nos llevaba al campo a mi hermana y a mi, o a una huerta de un señorito, cerca del Arroyo Salado.

Y los niños, se metían conmigo por mi cara morena y con pecas. Era morena cuando no se llevaba el moreno. Pero a mi nunca me importaba lo que dijeran de mí. Yo era más lista que ellos y eso bastaba. Ya tenía bastante con trabajar de niña en el campo.

Y así lideré junto con Rosa y Eugenio, nuestra gran aventura. Claro que nunca creíamos hasta qué punto vimos lo que vimos y por qué lo vimos.

2

Y así, al acabar la escuela ese verano tan importante que marcó mi vida, casi al finales de junio y esperando becas para ir al instituto del pueblo de al lado o las universidades laborales que era una lotería, nos reuníamos todas las tardes, en el parque.

Eugenio hizo una lista de lo que podíamos reunir para entrar al torreón, incluso el segundo día ya quedábamos allí, en la puerta mirando si podíamos entrar y cuando anochecía para hacerlo. El único que tenía reloj era Eugenio.

La puerta del torreón estaba al final de una rampa de piedra y allí nos sentábamos.

La casa de abajo, era la que nos preocupaba, porque vivían dos personas, una madre ya mayor y un soltero de casi cuarenta años, borracho, pero borracho de venir a diario subiendo la calle ancha, de un lado a otro. No le dimos importancia si estaba borracho. No vería nada. Entraría a su casa y ya.

Los siete miramos la lista que había realizado Eugenio con una seriedad casi militar, antes de que anocheciera.

La había escrito con letra clara en una hoja arrancada de su cuaderno y doblada en cuatro, como si fuera un documento secreto.

El 28 de Junio de 1976…

Ese era el día señalado.

-No podemos olvidarnos de nada y cada uno traerá lo que pueda, pero debe estar todo- dijo Eugenio, levantando la vista y mirándonos uno a uno- No sabemos lo que vamos a encontrar ahí dentro.

Todos asentimos en silencio, escuchando:

Linternas

Cerillas

Los planos

Una libreta para anotar.

Lápiz y borrador.

Cuerdas.

Pilas de repuesto.

Bocadillos

Un bolso de tela o dos para meter las cosas-

Palos de los olivos que harán de bastones. No muy finos

Uno grande.

Trapos

Y si podemos una escalera.

Rosa fue la primera en romper el silencio.

Yo, puedo traer dos linternas… mi padre tiene una en el corral y detrás de la casa de mi tío hay una escalera de madera, es vieja y hay que mirar bien, si tiene peldaños rotos, si le faltan puntas. No es alta, pero puede servirnos, claro que necesito a uno que me ayude. La llevamos por la calle de atrás, que no hay nada y la bajamos a la torre por la calle de arriba- dijo con esa seguridad que siempre tenía cuando estaba entusiasmada.

-Yo traigo las cuerdas y dos sogas gordas, la linterna de mi padre también, tiene dos - dijo Manolo que seguro que cogería las cuerdas de algún cobertizo sin permiso.

José sonrió, medio nervioso, medio emocionado.

-Yo traigo las cerillas, y las pilas, mi padre tiene en el bar y agua también, que no has puesto. Una jarrita para beber. Eso lo traigo yo. Y le ayudo a Rosa con la escalera.

Eugenio asentía, apuntándolo todo en la libreta con cuidado. Una raya en las que ya estaban listas.

Yo llevo los planos, la libreta, le borrador, el lápiz y otra linterna, si puedo, dos- y nadie los toca, sobre todo los planos.

Aquello nos hizo reír. Eugenio se tomaba la expedición como si fuese una misión importante, y para nosotros lo era.

Manoli, Amalia y yo, nos ofrecimos para los trapos, los bocadillos, los palos y más linternas.

Pensábamos en el tiempo que podíamos estar dentro, en el polvo, ratas, ratones, alguna bicha, en la oscuridad, el miedo… Pero también la aventura.

-Entraremos en varios días. El primero para ver qué hay y el segundo y tercero para ver si hay túneles, dónde llegan, investigar un poco, como está el suelo. Si hay, entonces el día uno de Julio, entramos por la mañana, y luego por la tarde, o si podemos decimos que vamos a celebrar a la ermita de Ian Isidro a pasar el día, el fin de la escuela y nos llevamos comida. Eso estaría bien, si nos dejan a todos-ordenaba Eugenio.

-Lo intentaremos- dijimos.

El sol, caía sobre las calles empedradas y las paredes blancas del pueblo, y el aire caliente del verano que iba ya apretando parecía anunciar algo importante.

El 28 de Junio me decía Rosa, cuando íbamos para casa.

-Eugenio había dicho que fuésemos llevando las cosas, menos la comida y los planos y los fuésemos metiendo cuando no nos vieran por la tabla desvencijada.

Y con los nervios conseguimos todo, lo metíamos de noche, antes de irnos a casa.

Era el día señalado. Nadie podía vernos. Nos sentaríamos en la puerta y cuando no pasara nadie por la calle, iríamos entrando uno a uno.

Y así lo hicimos el 28 de junio, como teníamos programado.

Habíamos conseguido todo lo de la lista.

El 28 de junio, a las cuatro de la tarde, cuando el calor apretaba y el pueblo dormía la siesta, nosotros entramos rápido, uno a uno, como pudimos,

tirando desde dentro, achuchando desde fuera, al torreón, pero entramos.

Perdidos y llenos de polvo, cogimos las linternas.

El silencio era espeso, solo roto por el crujido de la madera y nuestras respiraciones contenidas.

Afuera, el sol caía a plomo sobre las calles blancas, dentro, un frescor y la sombra lo cubría todo, como si el lugar guardara secretos, dese hacía años y siglos.

Yo aún escuchaba la voz de mi madre en la cabeza:

-¿Qué estáis haciendo a estas horas? Desde luego nada bueno.

Y yo intentando que sonara normal, como cualquier otra tarde.

-Estamos preparando lo de San Isidro… el día 1, el final del curso. Vamos a pasar allí el día.

Pero ella, que me conocía demasiado bien, decía:

-No para esta niña ni en la siesta. Con el calor que hace, ¿dónde vais?

Y tenía razón. Porque aquello, no era un juego cualquiera. Era el principio de algo que nos iba a cambiar para siempre.

Y allí estábamos nosotros, dentro del torreón, que a pesar de los rayos de sol que entraban por todas las rendijas de la puerta, dentro, tomamos las linternas, una cada uno y las encendimos.

Polvo, un cuadrado de tres por tres metros cuadrados, como si hiciera siglos que no entraba nadie ni hubiese pisado aquél lugar en siglos. Cerrado y las escaleras pegadas a la pared al lado de la puerta.

Unas escaleras desvencijadas y algunos escalones rotos, pegadas a la pared de la izquierda Y nada más.

Eugenio y Manolo subieron las escaleras primero, agazapados, probando cada peldaño con cuidado. Se movían algunas y faltaban otras. Arriba no había nada, solo el pequeño espacio del torreón y el aire caliente que entraba por las grietas.

Al bajar tuvieron que agarrarse a la pared para no resbalar.

Abajo, José, iba examinando las paredes, pasando las mano por las grietas, mirando cada rincón con curiosidad. Nosotros le seguíamos con las linternas, en silencio, escuchando solo nuestra respiración y el crujido de la madera vieja.

De repente, el suelo que pisaba, cedió, mientras los otros bajaban las escaleras. Todo ocurrió en un segundo.

La tierra se vino abajo formando un boquete oscuro, y José cayó sin poder agarrarse a nada.

-¡José!- gritamos todos a la vez sin querer acercarnos mucho.

El polvo, se levantó, llenándolo todo. Nos acercamos con las linternas temblando en las manos, el corazón latiendo con fuerza.

Desde abajo, se oía la voz, asustada pero viva de José.

-¡Estoy aquí!, ¡estoy bien! No veo nada. Se me ha perdido la linterna, alumbrad que la encuentre.

Nos miramos los siete en silencio, sabiendo que aquello ya no era solo una aventura. Habíamos encontrado algo mucho más grande de lo que imaginamos.

Alumbramos a José desde arriba. Entre el polvo que aún flotaba en el aire, lo vimos toser, incorporarse y coger la linterna.

-¿Te has hecho daño primo? coño que alto está- dijo su prima Amalia.

-No, el susto- cogió su linterna e iluminó la estancia donde se encontraba, se sacudió la ropa y con su voz nerviosa y emocionada dijo:

-¡Me cago en la puta Eugenio!... Aquí hay un túnel… y salas a los lados- ¿Voy a verlas?

-Espera que bajemos unos pocos primero- dijo Eugenio.

Buscamos las escaleras, viejas, y las acercamos al boquete. José las sujetó desde abajo. Había como dos metros, pero enseguida nos dimos cuenta de que no llegaban abajo. Había más altura de la que parecía.

-No llegan las escaleras- murmuró Manolo- no las podemos sujetar a nada.

-Tendremos que buscar unas más grandes para mañana. A ver si en el cuartel hay y nos la traemos Manoli y yo. Por las cañerías.

-No sirven- dijo definitivamente Manolo subiéndolas de nuevo- no llegan, son muy chiquitillas.

Entonces, sacamos las sogas que habíamos traído. Unos se quedaron arriba sujetando con fuerza y otros nos preparamos para bajar despacito confiando en que nos sujetaran bien.

-Ya nos turnaremos- dijo Eugenio, intentando mantener la calma, aunque a todos se nos notaba la emoción.

Primero bajó Eugenio, agarrándose con cuidado.

Luego Rosa, valiente como siempre y después yo. Ellos nos sujetaban ¡los pies al llegar por si nos caíamos. Allí estábamos los cuatro y arriba, Amalia, Manoli y Manolo, esperando su turno, impacientes.

Las manos nos ardían al deslizarnos por la cuerda y el polvo se nos metía en la garganta.

Cuando llegamos abajo, vimos a José de cerca.

Estaba lleno de polvo, con algunos arañazos en los brazos y la cara, no tenia sangre y sonreía con ojos brillantes.

Delante de nosotros, la linterna iluminaba un pasillo oscuro que se abría bajo el torreón.

Y entonces, por primera vez, sentimos que acabábamos de entrar en otro mundo.

Mirando alrededor había una sala tres veces más grandes que las de arriba, pero había un pasillo ancho que iba como bajando en cuesta. Seguimos por ahí juntos los cuatro, unidos con miedo y emoción.

-Mira, aquí hay una sala a la derecha- dije.

-¡Qué grande! Está vacía es más grande que mi casa- decía Rosa. ¿Para qué querían esto tan grande?

-Sería para celebraciones o alcobas.

-Mira…

-Hay unas escaleras que suben enfrente- dijo Eugenio. Tiene una puerta redondeada de madera. Pero eso debe estar bajo tierra, no entra luz, eso no se podrá abrir.

-¡Donde saldría?, tiene cinco escalones rotos.

Y así seguimos el anchísimo pasillo, encontrando salas a la derecha y escaleras de cinco peldaños con puertas.

Todas las estancias vacías, algunas más grandes, otras más pequeñas, en todo caso enormes.

Todo era en bajada, polvo y a los lados como unos cucuruchos de piedra.

-Eso eran para dejar antorchas e iluminar

-Sí, hay muchas ¡Espectacular!- se maravillaba Eugenio-Había encontrado lo que buscaba.

Sin embargo, encontramos algunas copas de plata para beber.

-¡Coño!, esto vale un huevo- decía José.

-Déjalas en la entrada. Ya las cogeremos.

-Seguimos adelante y oímos el ruido del agua.

-Debemos ir por el pilar. Y al acabar la bajada, llano todo.

Sentíamos las voces de los de arriba y sí había un túnel que seguía y seguía.

-Hostia Eugenio eso nos va a llevar al cerro castellar de verdad.

Y andamos rápido encontrando salas, cuadras, y abriendo puertas enormes, y lo que suponíamos que eran cuadras.

Los que se quedaron arriba se desesperaban. Ya no nos oían y anduvimos una hora casi por esos pasadizos y oír agua de nuevo.

-Hemos llegado al Salado, si hay un castillo, estamos cerca.

Y al avanzar unos metros más, con el corazón latiéndonos y el sonido del arroyo, el ancho pasillo se ensanchó más.

Las paredes ya no eran solo tierra y piedra irregular, sino muros más trabajados, antiguos, construidos siglos atrás.

Dimos unos pasos más… y el túnel terminó.

Ante nosotros, se abrió un espacio más amplio.

Alumbramos alrededor, sin poder creerlo.

Era como un pequeño palacio enterrado, salas comunicadas, arcos de piedra, habitaciones pequeñas, restos de lo que parecían puertas. Nichos en las paredes… el castillo que todo el mundo buscó y nosotros encontramos. Entero. Pequeño, pero intacto, escondido bajo el Cerro Castellar que se comunicaba con el torreón durante siglos.

El castillo bajo el torreón se comunicaba con el otro castillo.

Nos miramos sin hablar, con una mezcla de miedo y emoción. Nadie se atrevía a avanzar primero.

-Lo hemos encontrado- dijo Rosa. Lo hemos encontrado Carmen- y nos abrazamos emocionadas.

Eugenio estaba satisfecho y José no se lo creía.

Mientras tanto, arriba, el resto estaba sentado, esperando noticias, sin saber aún lo que acabábamos de descubrir.

Eugenio, respiró hondo.

-Tenemos que avisarlos… pero primero… vamos a ver un poco más.

Y dimos los primeros pasos dentro de aquél castillo oculto, sintiendo que estábamos entrando en la historia.

3

El castillo era pequeño, pero parecía entero, como si el tiempo se hubiera detenido allí abajo. La luz de nuestras linternas, recorría las paredes de piedra, húmedas y frías, cubiertas de polvo y telarañas que brillaban como hilos de plata. Había arcos bajos, habitaciones comunicadas entre sí, pequeños pasillos que se abrían a nuevas salas.

El suelo era irregular, de tierra y piedra, con algunas losas hundidas. En una de las paredes vimos lo que parecía una chimenea antigua, negra por el humo de siglos.

En otra sala había huecos en la piedra, como si hubieran sido estanterías o lugares donde se guardaban objetos importantes.

Todo estaba en silencio. Un silencio espeso, antiguo, que nos hacía hablar en susurros sin darnos cuenta.

El aire olía a humedad, puertas que no se podían abrir porque estaban pegadas al cerro, enterradas.

En una sala más grande, el techo, se elevaba un poco más. Allí, los arcos estaban mejor tratados, como si hubiese sido la estancia principal. El polvo cubría todo, pero aún así se notaba que aquello había sido importante, quizás el corazón de aquél pequeño castillo escondido bajo tierra.

Sentí un escalofrío.

No era solo miedo… era algo más.

Era la emoción de haber encontrado algo secreto, algo que nadie había visto en siglos, tan solo un puñado de adolescentes. La sensación de estar pisando el mismo suelo que otras personas, muchos años antes, quizá caballeros, quizá soldados o gente que vivió allí cuando el mundo era distinto.

Rosa, me agarró sin darse cuenta. José caminaba despacio, mirando cada rincón con los ojos muy abiertos.

Eugenio estaba serio, emocionado, como si supiera que aquello era más grande que una simple aventura.

-¡Es increíble!- susurré.

Y en ese momento, todos sentimos lo mismo.

Habíamos dejado de ser unos niños jugando a explorar.

Estábamos dentro de un castillo olvidado, escondido, comunicado con otro bajo el torreón.

Y ya nada volvería a ser igual.

Después de inspeccionarlo todo, volvimos. El resto estaría preocupado y el camino de vuelta, nos llevaría el mismo que el de ida.

Manolo, Manoli y Amalia estaba preocupados, desesperados. La tarde avanzaba y por fin llegamos.

-¿Estáis ahí?

- Joer – dijo Manolo- estamos desesperados.

-¿Qué habéis visto?- dijo Amalia,

-Mañana venís conmigo y lo veis, os toca. Hemos llegado al cerro Castellar. Y hay un castillo. Tenemos que explorarlo mejor. Si encontramos una escalera más grande podemos ir todos. Necesitamos más pilas.

-¿En serio hay un castillo?- dijo Manoli…

-Sí- venga subidnos, nos comemos los bocadillos y os contamos.

Y subimos con dificultad, más que en la bajada con las sogas.. dejamos todo a un lado, nos sacudimos el polvo y salimos a la calle mirando que no viniera nadie, de uno en uno o si pasaba, esperábamos.

Nos terminamos de sacudir el polvo y les contamos al resto lo que vimos, pero había que explorar mejor, por si había cámaras ocultas.

-Hay que traer como sea una escalera alta y llevarnos las bolsas por si encontramos algo, meterlo. Mañana a la misma hora- dijo Eugenio.

Terminamos los bocadillos, casi anocheciendo y nos fuimos cada uno a su casa.

Rosa y yo íbamos emocionadas, ilusionadas, a nuestras casas.

-No hemos investigado a fondo- le dije., quizá haya monedas o tesoros escondidos

-¿Y si hay?

-Los repartimos.

-¿Qué bonito verdad?- me dijo.

-Precioso- contesté.

Y nos despedimos hasta el día siguiente.

El día 29 y 30 de junio, habíamos conseguido unas escaleras más altas. Las fijamos bien, con cuidado, mientras Eugenio y Manolo comprobaban que no se movieran.

Uno a uno fuimos bajando a la parte de abajo como si cruzáramos otra vida.

Ahora íbamos a investigar cada rincón. Llevábamos un pico de una obra, algunas herramientas y otras de campo, como un amocafre viejo que mi madre tenía en una casilla que heredó.

Dentro, el aire era frio y olía a piedra antigua, a polvo y a historia olvidada y no tenía ventanas ni puertas que pudiésemos abrir. Haber las había con sus escaleras a ninguna parte, pero no daban al exterior al estar a dos metros del suelo.

Las linternas, iluminaban paredes gruesas, desgastadas, con manchas oscuras de humedad.

Caminábamos despacio. Manolo llevaba un saco por si encontrábamos algo. Mirábamos cada rincón, del castillo del torreón y de los túneles que llevaban al otro. Y ese otro también, atentos a cualquier detalle. Mirábamos el suelo golpeándolo suavemente con los palos, por si había otro espacio debajo, por si había más habitaciones ocultas, cuadras o trampillas escondidas bajo las piedras.

Cada sala del túnel y del castillo, parecía más misteriosa que la anterior.

Había estancias pequeñas, otras más amplias, pasillos estrechos que no parecían terminar nunca.

El silencio salvo el de nuestros pasos, era tan profundo que se escuchaban nuestras respiraciones y el crujir de alguna piedra bajo nuestros pies.

Al llegar al otro castillo, al del Cerro Castellar, algo llamó nuestra atención que no llamó el día anterior. En una de las paredes, vimos unos huecos extraños, como pequeñas alhacenas escondidas, cubiertas por piedras mal colocadas.

Nos miramos sin decir nada.

Eugenio, fue el primero en acercarse. Quitó una piedra con cuidado… y allí estaban. Dentro aparecieron jarras de barro, latones antiguos, copas ennegrecidas por el tiempo, cántaros sin asas, medianos.

-Era para el vino o el agua- dijo Eugenio.

Entre el polvo algunas monedas. Un puñado. Nos quedamos inmovibles, con los ojos muy abiertos.

Era como haber encontrado un pequeño tesoro, escondido y olvidado por el tiempo.

José soltó una risa nerviosa.

-¿Lo veis? Esto no lo ha tocado nadie en siglos y valdrá una mina de oro. Hay un rey- dijo soplando la moneda- y un escudo, dándole la vuelta.

Rosa, se acercó despacio, casi con respeto, como si temiera romper aquél momento.

El resto, como yo, sentíamos una mezcla de emoción y miedo, de no saber si hacíamos bien o mal en no contarlo a nadie, como si alguien pudiera aparecer en cualquier momento reclamando nuestro descubrimiento.

Encontramos más alhacenas y más monedas y más copas y enseres que no sabíamos para qué servían. Y los dejamos todos en la sala, en el suelo.

Eugenio hizo un recuento de las diversas monedas y los trastos que encontramos y los guardamos en el saco, con la certeza de haber mirado bien.

Atamos el saco y entre dos lo íbamos llevando por turnos. El camino por el túnel era largo y pesaba.

Nadie hablaba mucho, sólo nos mirábamos, sabiendo que estábamos viviendo algo único, algo que nunca olvidaríamos, sin saber qué nos esperaba aún al día siguiente.

Éramos siete niños, en dos castillos escondidos separados por un larguísimo túnel de más de kilometro y medio, rodeados de objetos que habían pertenecido a personas de otro tiempo, no sabíamos cuál, de los moros, estábamos seguros.

Del año… no. Pero sí que antes de que la reina Isabel la Católica los echara de España, eso seguro.

Y por un instante, sentimos que la historia nos estaba mirando.

Cuando llegamos y pudimos subir el saco a la parte alta de la entrada… debíamos pensar qué hacer con eso.

Las monedas esas valen una pasta- decía Amalia- Pero para que nos den dinero por ellas debemos ir lejos y buscar un anticuario, una tienda de esas. Y ahora no podemos.

Las repartimos a partes iguales y que cada uno haga lo que quiera cuando nos vayamos al instituto o la universidad. Ahora no- dijo Eugenio- y lejos de Jaén.

Repartimos e hicimos esa promesa.

El resto de los objetos, cada uno cogió lo que nos gustaba. Yo me quedé con una copa y dos cántaros y algo que parecía una cuchara y los dejé en la casilla que mi madre heredó de una tía, escondidos en la cámara de arriba, que casi nunca se subía porque el techo estaba muy mal.

El día siguiente quedamos a la misma hora.

Para ver si podíamos abrir esas puertas, aunque saliera tierra, a ver dónde daban. Eugenio se dio cuenta de que se abrían para dentro, e íbamos a intentarlo por si daban a algún pasadizo o hueco escondido. Era lo que nos quedaba.

De lo que nunca nos dimos cuenta era de que el vecino soltero y borracho, nos había visto entrar el día anterior al torreón.

Al, día siguiente, íbamos con las puertas. Tres, nada más, con una separación suficiente, antes de entrar al túnel y pasar las habitaciones y estancias de ese primer castillo.

Estábamos seguros de que aunque se abrían para dentro, darían a tierra, bajo el torreón y la calle, o quizá a algo oculto que nadie había visto jamás.

Era lo que nos quedaba por explorar, las tres puertas.

Empezamos por la primera con cuidado de los cinco escalones rotos, iluminando cada peldaño entre todos con las linternas, sin darnos cuenta, de que el borrachillo soltero de la casa bajo la torre, Antoñillo, nos había visto entrar el día anterior cuando venía de la taberna. Se colocó detrás de nosotros tambaleándose sin darnos cuenta. Se quedó arriba mirando el hueco y las escaleras que llevaban abajo.

Cuándo íbamos subiendo los cinco escalones rotos para abrir la puerta, ocurrieron dos cosas al mismo tiempo.

Primero, sentimos un porrazo seco, fuerte, que resonó en las paredes detrás de nosotros. Nos giramos sobresaltados.

Antonio, se había caído por las escaleras sin siquiera poner el pie.

-Antoñillo- me cago en la mar- salió Manolo hacía él- ahora nos ha visto, ¡me cago en la puta!…

-¡Está borracho!- dijo Rosa, ese mañana no se acuerda.

-Mira a ver si le ha pasado algo- dijo Manoli.

-¿Antoñillo hombre te has hecho daño?

-No-dijo levantándose, haciendo una mueca de dolor tocándose el tobillo- ¿qué estáis haciendo?

-Jugando, ¿qué vamos a hacer?…

-Y una mierda, me he caído por un hueco.

-Y yo- dijo José.

-¿Y las escaleras?- decía borracho cojeando hacia nosotros.

-Pues para sacarme coño- dijo José.

-¿Y esa puerta?

-La hemos visto, vamos a ver qué hay, siéntate anda que luego te subimos, te has hecho daño en el tobillo.

-A ver cómo subimos a este cabrón- decía Manolo. Borracho pesa más. Y eso que es chico.

Manolo y José seguían maldiciendo entre dientes, pero nosotros sabíamos que al día siguiente, igual no se acordaba de nada.

Antoñillo, se quejaba, algo aturdido. No parecía haberse roto nada, pero el tobillo lo tenía lastimado con total seguridad. No le oíamos muy bien, murmuraba cosas sin sentido, cuando lo dejamos sentado al lado de las escaleras.

Aún estábamos asustados por la caída, cuando ocurrió lo segundo.

Nos dimos la vuelta para intentar abrir aquella puerta… y vimos rayos de sol y la luz filtrándose por las rendijas rotas de la puerta.

-Imposible- dijo Eugenio de un salto.

Nos quedamos paralizados.

Era imposible de verdad. Allí no debía haber luz, los días anteriores no había.

Era la primera vez que la veíamos. No podía ser, estaba bajo tierra.

El silencio se hizo más silencio y nos miramos, sopesando si abrirla o no, con miedo.

-No la sabrás abrir- dijo Antoñillo medio aturdido intentando bromear, mientras Manolo y José dudaban.

Pero entonces, Antoñillo, como si hubiese recuperado de repente la energía que le había quitado el vino, saltó como un galgo y se coló entre todo

nosotros. Antes de que pudiéramos reaccionar, abrió la puerta con una fuerza inusitada.

La madera crujió.

La luz entró con más fuerza.

Y Antoñillo abrió aquella puerta… al pasado.

La puerta se abrió lentamente, chirriando la madera de no haberse movido en siglos.

Y todos miramos con los ojos desorbitados cuanto acontecía en el exterior. La luz era cegadora, dorada, viva… distinta a la de nuestro tiempo. Instintivamente nos tapamos los ojos con las manos.

Cuando por fin pudimos mirar, el pueblo había desaparecido. Donde antes había casas blancas, las calles empinadas y el silencio de la siesta, ahora se extendía un enorme campamento.

Tiendas de campaña de telas gruesas y gastadas, de colores ocres y rojizos salpicaban toda la ladera, todo el campo hasta el arroyo.

Algunas tenían estandartes ondeando al viento, con cruces bordadas o símbolos que no entendíamos.

Y al lado nuestro, el ruido ensordecedor de gritos, metal chocando, caballos cayendo y relinchando.

Un campo de batalla.

Cristianos contra moros, eso era.

¿Pero qué batalla? Mas allá de 1492. Antes del descubrimiento de América.

Nos agolpamos en la puerta, asustados, mirando esa película. Pasaban a nuestro lado unos y otros, los caballos y nadie parecía vernos. Éramos invisibles.

Los cristianos llevaban armaduras metálicas que brillaban al sol, espadas largas y rectas, escudos con cruces. Los moros, con ropas más ligeras, turbantes y espadas anchas y arqueadas que relucían al girar en el aire con una velocidad impresionante.

Y sangre.

Mucha sangre que parecía salpicarnos, pero que al mirarnos, no nos habían manchado.

-Pero que…- dijo Eugenio porque de nuestra boca no salía una palabra, ni nos movimos tampoco.

Era como si quisiéramos ver eso agolpados y juntos en la puerta.

-¡Madre mía!- susurró Rosa, sin apartar la vista- no nos ven…

Y de pronto Antoñillo vio lo que nosotros, salió entre todos, tropezó con un pequeño escalón que había fuera de la puerta, dio un traspiés y salió a la batalla.

Dimos un grito ahogado.

-Lo van a matar- dijo Manolo como si al estar en la misma puerta sin pisar tierra, estuviéramos a salvo.

Pasó ante él uno de los caballos con un jinete, moro, que atravesó su cuerpo como en una transparencia, sin hacerle nada, como si atravesara un portal de cristal doblado. Sin embargo se echó hacía atrás y decía:

-Eh, eh, eh, ¡que me matas loco!, soooo,- como si estuviese azuzando a un caballo, mulo o borrico, casi era cómico verlo, ¿pero qué coño es esto?- y salió en mitad de la batalla al saber incluso en su borrachera que nadie podía hacerle daño, que era invencible.

Corría en medio de la batalla zigzagueando entre caballos y soldados de los dos bandos, riéndose, como si estuviera en el cine de verano viendo una película de aventuras.

-¡Antoñillo!- susurró Amalia nerviosa llamándolo- ¡Que lo matan!- nos decía.

Pero él seguía corriendo, agachándose cuando veía una espada, saltando entre los hombres, dejando que traspasaran su cuerpo. Para él era divertido, para nosotros inconcebible. Y él completamente inconsciente del peligro… o creyendo que aquello no era real.

-Cree que está en le cine- dije sin dar crédito- José empezó a reírse, Manoli también.

Entonces, Amalia, nerviosa, dio un paso atrás, tropezó con una piedra suelta… y cayó hacía adelante, y sin darnos cuenta, fue la segunda que salió dando traspiés al campo de batalla.

-Amalia!- dijimos todos a la vez ahogando el grito, asustados.

Un caballo pasó a toda velocidad atravesándola.

No le pasó nada. Un soldado cruzó la espada a través de su cuerpo sin verla. Nada. No era a ella, sacudía la espada solamente.

Amalia pálida, se quedó quieta, respirando rápido, mirando sus manos y su cuerpo. Nada.

-No… no me ven- dijo casi en silencio.

Nos miramos unos a otros.

Entonces, dimos unos pasos con cautela y salimos cruzando la línea entrando en otro mundo, un mundo invisible.

Y Antoñillo riendo, rodando, riéndose como loco en medio de moros y cristianos. Moviendo el culo, se tiraba al suelo, corría arriba y abajo…

El ruido, nos envolvió de golpe.

El olor a tierra, sudor, cuero, hierro y sangre, eso sí nos llegaba. Era tan real que mareaba.

Éramos espectadores y nadie nos veía. Podían atravesarnos.

Caminamos entre soldados sin perder de vista la puerta abierta por donde debíamos volver, observándolo todo, como si lleváramos una lupa invisible.

Mirábamos ropas, las botas gastadas, soldados apenas de nuestra edad. Alucinante. Si no podían con el peso de esas espadas, pero lo hacían. Los escudos abollados, las heridas, los caballos cubiertos de espuma.

Eugenio no decía nada, pero sus ojos brillaban. Lo estaba grabando todo con su cabeza pensante esa que tenía. Cada detalle, cada estandarte. Cada

arma.

José sorprendentemente serio ahora, observaba las espadas moras.

-Son más cortas, pero más rápidas- susurró.

Manolo miraba fascinado los caballos.

Rosa, cruzó la batalla y tocó la tela de una tienda de campaña que parecía áspera y pesada.

Y yo… sentía algo extraño. Como si ese lugar, no me fuese del todo desconocido.

Como si el aire, el ruido… incluso el miedo… ya lo hubiese vivido antes.

Después de permanecer largo rato recorriendo el terreno, sin importarnos que nos atravesaran caballos, espadas, moros o cristianos, examinamos heridos, muertos, vivos afanándose en el fulgor del momento, la tierra se movió de repente como un crujido, con un estruendo seco y profundo.

El suelo comenzó a temblar con violencia durante varios minutos. Se abrieron rajas en la tierra, empezamos a gritar pero no nos pasaba nada, sin embargo, esas grietas, largas y oscuras, se tragaba caballos y gente. Se tragaba el campo, algunas tiendas quedaron completamente devastadas, árboles a lo lejos arrancados.

Los bandos se asustaron, los caballos relinchaban desbocados, levantando sus patas delanteras, los soldados gritaban en idiomas desconocidos para nosotros, intentando sujetarlos, algunos caían al suelo, otros corrían sin saber dónde.

Un caos.

Una batalla y un terremoto. Todo a la vez..

-¡Me cago en la leche -gritó Manoli asustada agarrándose a mi brazo.

Como todos, nos asustamos y gritábamos llamándonos unos a otros, si estábamos bien y sanos.

-¡Un terremoto grande!- gritó Eugenio, con la voz tensa, y a pesar del grito, intentaba mantener la calma.

Nosotros empezamos a correr hacia la puerta gritando.

-Tranquilos… a nosotros no nos pasará nada- dijo dudando más para calmarnos que para calmarse.

Aquello rompió por completo la guerra encarnizada. Durante unos minutos, nadie luchaba.

Cristianos y moros miraban alrededor con miedo sujetando a los caballos, los que tenían, los que no tenían, se quedaron quietos intentando mantenerse en pie, que la tierra no se los tragase, mientras la tierra seguía rugiendo sobre sus pies.

Cuando lo que nos pareció unos tres minutos eternos de movimiento, por fin el temblor se calmó poco a poco, la batalla volvió a continuar entre gritos, choques de espadas y carreras de caballos enfrentándose.

Pero nosotros ya no podíamos seguir allí.

-¡Vámonos!- dijo Eugenio con decisión, pero notros ya íbamos corriendo hacia la puerta- ve a por Antoñillo Manolo.

Manolo fue a por Antoñillo que seguía riendo y corriendo como loco, entre los soldados como si aquello fuese un juego, ajeno la peligro. Lo agarró del brazo y volvió con nosotros.

Sin decir nada más llegamos a la puerta, entramos y cerramos el pasado.

Al entrar al torreón, Antoñillo, que no paraba y nos tenía fritos, subió las escaleras de madera como un rayo, para matarse, sin que lo sujetáramos, se coló por la tabla rota, salió del torreón y se metió en su casa.

-Ese no se acordará de nada. Está demasiado borracho- dijo Rosa- como un loco, vamos.

Eugenio miro a José.

-Sube detrás a ver si se ha metido en su casa o anda calle abajo.

José asintió y subió de prisa. Nosotros, nos quedamos en el sótano de abajo que daba a los túneles, donde estaba la puerta, jadeando nerviosos y las respiraciones a mil por hora por lo vivido.

-Sí, ha entrado. Está en su casa- y respiramos más tranquilos.

Nos quedamos allí, en la penumbra del torreón, bajo las escaleras, dialogando, sacando conclusiones de lo que habíamos visto.

Eugenio se preguntaba qué batalla sería, qué año. Hablábamos todos a la vez, emocionados, recordando detalles: las espadas, las armaduras, los gritos, los estandartes, el polvo, el miedo de los caballos y ese terremoto…

Todo lo habíamos visto.

Todos lo habíamos vivido.

Y eso era lo más imposible de todo.

Pero no lo único en unos minutos…

4

No, no sería lo único. Y no tardaría mucho en llegar.

No pasaron ni cinco minutos, cuando algo volvió a cambiar de nuevo. Primero oímos golpes de caballos lejanos, que venían por el túnel. Un sonido sordo, rítmico, cada vez más cercano..

Ahí sí que nos asustamos. Miramos la escalera para salir pitando, pero desapareció. Atrás había una de verdad para subir al primer piso, por donde entrábamos. Pero no nos movimos, nos quedamos paralizados, a la vez queriéndonos ir, a la vez queriéndonos quedar.

Ante nuestros ojos, como si fuera una película al revés, el castillo comenzó a reconstruirse. Las paredes rotas, se cerraban, las piedras volvían a su sitio, el polvo desaparecía, las grietas se sellaban. Donde antes había ruinas, ahora surgían muros firmes, nuevos, de piedra limpia.

Las antorchas aparecieron encendidas en las paredes. Unas escaleras de piedra enteras, sólidas. Sillones de madera y cuero. Tapices colgados en los muros, de reyes, de gente de la época.

Todo volvía atrás. Los galopes cesaron. Y los caballos entraron a una de las salas lejanas.

Entonces, se oyeron unos pasos por el ancho túnel, unas voces en un castellano antiguo, firme, grave.

Vimos venir un grupo de hombres. Delante un rey, alto, imponente. Venían con él unos doce hombres, algunos más jóvenes, pero casi todos igual de altos, armados y con capas. Sin vernos, como si fuéramos invisibles y lo éramos de nuevo, eso nos tranquilizó, simples espectadores. Entraron a la sala más cercana a nosotros que estábamos al lado de las nuevas escaleras. Ya detrás no había nada, salvo una mesa y tapiz en la pared.

Eugenio, se acercó despacio.

-Nooo…- susurramos tirándole del brazo, pero íbamos tras él hechos una piña, asustados.

Pero ya estábamos allí, agarrándonos unos a otros, nos plantamos en la puerta de la sala.

Todo era nuevo. Una larga mesa de madera ocupaba el centro, llena de comida y fruta. Panes grandes, carne asada humeante, frutas, jarras de barro. Varias mujeres con camisas blancas de manga larga, metidas en faldas largas, iguales todas, las faldas grises, pesadas…salían de un hueco del final de la sala con más comida y servían en silencio.

El rey presidia la mesa con su corona de oro. La luz de alas antorchas iluminaban sus rostros.

Pasamos despacio detrás de ellos. El olor a comida inundaba la estancia. Los mirábamos comer con asombro. Su olor a cuero, a hierro, a humo, sus ropas…

Los trajes de caballeros, con mallas bajo las capas, los hombros y pechos cubiertos con trozos de metal hechos a medida, o el cuero endurecido. Capas de distintos colores, levantadas por delante, enrolladas como cortinas por el pecho, de lino grueso. Algunos llevaban cadenas al cuello con grandes eslabones y un gran medallón delante.

Eran hombres guapos, o al menos a mí me lo parecían, de ojos grandes, nada que ver con las fotos donde los reyes salen feos en las fotografías o litografías. Eran serios, tranquilos, parecían cansados de cabalgar.

Comían con educación, bebiendo de jarras de barro, algo parecido a vino o cerveza. Charlaban entre ellos en voz baja y el castellano, a pesar de ser antiguo, se entendía perfectamente.

Y entonces lo vi, frente a mi, cuando rodeaba la mesa.

Él.

Me miró.

Yo miré hacía atrás creyendo que miraba a alguna sirvienta, o algo en la pared, pero no.

Me había visto y el tiempo pareció detenerse. Nos vio, a todos. Pero no dijo nada. Me sonrió.

Era joven. Tendría unos dieciséis años, no más. Alto y fuerte. El pelo negro, casi hasta los hombros. Ojos grandes, algo rasgados, profundos.

Nos miramos. Nadie se dio cuenta.

El hombre que estaba a su lado, algo mayor, con barba oscura, le dio un golpe en el brazo…

-Jaime come- le dijo con voz tranquila.

Jaime bajó la mirada, pero volvió a levantarla unos segundos después buscándome.

Mientras tanto, el rey, hablaba con los hombres.

-La batalla ha sido dura- dijo con voz grave- Pero mañana volveremos a atacar en Atarfe al amanecer.

Uno de los caballeros respondió:

-Mi señor don Juan, las tropas están cansadas. El temblor de tierra ha inquietado a hombres y caballos.

Otro añadió:

-Muchos dicen que ha sido una señal de Dios.

El rey, muy joven me pareció, negó lentamente.

-No. Ha sido la tierra. Pero no cambia nada. Debemos tomar Granada, antes de tres días.

Un hombre con rostro serio, habló entonces:

-Don Álvaro de Luna, su condestable, ha enviado un mensajero. Promete refuerzos desde Granada si resistimos.

-El rey asintió y miró al padre de Jaime.

-Don Álvaro siempre cumple

Y supe que ese era su condestable y su hijo Jaime de Luna, sería. Pero era tan joven como el rey, ¿que tenían hijos a los doce años?.

El hombre que estaba junto a Jaime, el padre, intervino:

-Mi señor, mi hijo Jaime combatió con valentía hoy.

El rey miró al joven.

-Como su padre. Don Alvaro puede estar orgulloso.

-Jaime bajó la cabeza con respeto.

-Gracias, mi señor. Pero volvió a mirarme.

Y supe que sí, que me veía y al resto también. Con nuestras ropas, y se haría las mismas preguntas que nosotros.

Y yo me pregunté si habían estado en la batalla cómo es que no tenían sangre ni nada. Y recordé el gran campo de batalla y el castillo del Cerro Castellar. Vendrían de allí y allí se habrían bañado y cambiado.

Y supe que no éramos tan invisibles como pensábamos.

Y eso me dejo helada, como enamorada con un flechazo directo al corazón de cupido, a los 14 años.

Enamorada de verdad de un joven que no era de mi época y por cómo me miraba, le había gustado. Y él a mi. Y ninguno era consciente de ello porque no los veía, solo yo y él parados en el tiempo. El resto de mis amigos, eran ajenos, pero Jaime sí podía verlos y sin embargo, no dijo nada.

Nos quedamos observando un rato más hasta que terminaron de comer y las mujeres retiraron la mesa, nadie hablaba más de lo debido, tenían modales, eran nobles, como en las películas. Solo se había oído, el roce de los platos, el crujido del pan y de vez en cuando alguna risa apagada. Pero para mí, todo estaba lejos…yo solo veía a Jaime.

Sus ojos no se apartaban de los míos. Era como el tiempo deteniéndose una y otra vez en esta aventura nuestra. Como si el ruido de las voces del castillo, la historia misma… no existieran. Solo nosotros.

José me dio un codazo por debajo de la mesa, sonriendo, como diciendo que se daba cuenta que miraba a ese Jaime. Eugenio también miraba de reojo, con esa media sonrisa que siempre tenía cuando entendía más de lo que decía. Rosa , me observaba con ternura, sin decir nada.

Sabían que me había gustado.

Cuando terminaron la cena, los hombres del castillo comenzaron a levantarse lentamente y a retirarse a descansar, otros salían al patio. Jaime se quedó un momento más, esperando. Yo tampoco me moví, pero sentí que me decía que no me fuese, que me quedase con él un rato más.

-Nos vamos- dijo Eugenio en voz baja.

-Yo… me quedo un rato, cinco minutos, esperadme en la entrada- respondía sin apartar la vista de Jaime.

José abrió mucho los ojos, sorprendido, pero no dijo nada. Rosa, me apretó la mano suavemente, con esa confidencialidad que ambas teníamos. El resto, no dijo nada. Eugenio dudó un segundo…

-Carmennnn…

-Solo cinco minutos.

-Está bien, pero mañana vamos a volver, no tardes. Haremos lo de San Isidro y estaremos todo el día aquí, revisando. Cinco minutos. En la puerta estamos.

Se marcharon poco a poco por las escaleras nuevas y el silencio se hizo más profundo. Jaime, me había esperado en el comedor. Sólo quedábamos él y yo.

Se levantó despacio y caminó hacía mí.. sentí cómo el corazón me golpeaba en el pecho, su altura, su porte, tan joven y tan fuerte a la vez. Cuando estaba muy cerca, me tendió la mano. La tomé sin pensar.

Salimos por un pasillo iluminado por antorchas. El castillo estaba tranquilo, como si también respetara ese momento. Subimos una pequeña escalera de piedra y entramos en una estancia sencilla, con una pequeña ventana, estrecha por la que entraba la luz suave del atardecer.

Nos miramos sin hablar. Jaime acarició mi rostro con una delicadeza que me hizo estremecer. Sentí su mano cálida, su cercanía, su respiración. Apoyé mi frente en su pecho, escuchando su corazón, que latía tan fuerte como el mío.

-Pensé que te ibas, -me dijo susurrando en su castellano antiguo que yo entendía perfectamente.

-Quería saber si me veías de verdad.

Se quitó el escudo de la cabeza, la coraza de los hombros y del pecho, la capa, se sentó en una cama mullida, las botas hasta más allá de la rodilla se quitó, se quedó en una camiseta blanca larga como de algodón fino y unos pantalones negros como los que los hombres usaban de ropa interior en el oeste americano.

Me cogió de la mano y me acercó. Yo llevaba unas sandalias, mis mallas de cuadritos rojas y negras y una camiseta roja de tirantes. Y un sujetador rojo.

Me abrazó y miró mi ropa, me bajó los tirantes y se asombró de ese sujetador, pero sabia que eso le había puesto duro. Lo noté a pesar de nuestras edades.

Me quitó hasta los pantalones y las braguitas y yo me quité las sandalias sin miedo.

El me miró como si le gustara lo que veía y se desnudó del todo.

Con solo un brazo me puso en la cama boca arriba y empezó a besarme. Lo primero que yo conocía del sexo y flotaba entre algodones.

Nos dejamos llevar por ese momento único, lleno de ternura, amor y sexo. Penetró mi sexo hasta el fondo rompiendo cuantas barreras encontrase y yo sentía tanto deseo… me aferré a él y gemía en cada embestida suya y tuve mi primer orgasmo y él lo supo y se asombró.

Se asombro y se alegró. Fue un orgasmo compartido. Una conexión más allá de la vida, del universo y de toda la galaxia. Había sido una mujer con 14 años.

Cuando acabamos, me abrazó y me besaba.

-Eres mía. Mañana nos vamos a Atarfe, a Granada. Ganaremos la batalla y volveremos antes de irnos a Castilla. Ya pensaremos qué hacer.

-Eres de otra época

-Sí, 1431.

-1976- le dije.

-Eso son…

-Cinco siglos -apunte besándolo.

Y le estuve contando cómo era la vida ahora, algunas cosas no entendía, ni yo las suyas, aunque más que él sí.

-En cualquier caso, eres mía y quiero que me esperes, que vengas cada día.

-Vendré.

-Te amo. Te llevaré conmigo.

-Yo también te amo.

Pero no dije nada más. Me daba miedo, pero a la vez, estaba dispuesta a irme con él. ¿Pero cómo?, ¿de qué forma?

-Yo lo arreglaré todo.

-Tengo que irme.

-Recuerda que eres mía y te buscaré en toda la eternidad.

Nos abrazamos, yo casi emocionada.

-Volveré- lo besé y me vestí mientras él me miraba- siempre que exista este túnel, mientras exista este lugar… volveré a ti. Pero ten cuidado. Tú tienes que volver también.

Jaime sonrió y me besó en la frente.

Y antes de salir de esa recámara, lo miré con lágrimas en los ojos y ambos supimos que algo había nacido que ni los siglos podrían borrar.

Salí por las escaleras nuevas, y me estaban esperando fuera.

Parecían haber esperado cinco minutos y sin embargo, estuvimos juntos más de una hora.

Yo flotaba en la calle. Nos despedimos hasta el día siguiente en el que estaríamos todo el día.

-¿Qué ha pasado?- me preguntó Rosa. Te ha gustado el Jaime ese, estaba bueno la verdad, ese sería un poco mayor de nuestra edad.

-Dos años.

-¿Cómo lo sabes?

-Me lo ha dicho.

-Claro, sí claro. No nos ha visto nadie.

-Él sí, me vio y a todos y calló.

-¡Qué cuentista eres! ¡Qué te gustan las historias!

-Que sí Rosa, me ha besado.

-Anda déjalo ya. Que estoy muerta. Ojalá me besase de verdad un tío de esos caballeros.

Pues nada, tuve que morderme la lengua y no contarle nada. Si le digo que hice el amor con él, me dice loca.Y me fui a mi casa, me acurruqué pensando en él, en cuanto habíamos compartido, en cómo me sentí haciendo el amor por primera vez y en sus besos, en su olor, en como me acariciaba.

Ufff… Lo amaba, lo amaba. Y deseaba que amaneciera para verlo de nuevo y despedirme de él.

Cuando volvimos al día siguiente, llevábamos bocadillos, refrescos, chucherías y chocolatinas.

Íbamos contentos, con esa ilusión de volver a verlos, de volver a entrar en aquél castillo que había aparecido ente nosotros como un sueño.

Pero al entrar, nos quedamos paralizados. El castillo nuevo había desaparecido.

No quedaba nada. Solo el hueco a la parte baja. Se habían ido antes de lo que pensábamos.

Un silencio extraño se apoderó de todos nosotros. Nadie hablaba, yo estaba a punto de llorar. Mirábamos aquél boquete oscuro, esperando que algo cambiara, que volviera a aparecer ante nuestros ojos como el día anterior.

-Bajamos- dijo Eugenio con voz seria.

Manolo y él descendieron con cuidado. Los demás nos quedamos arriba con la comida, mirando, sin atrevernos a hablar.

Pasaron unos minutos que parecieron eternos. Por fin volvieron a subir.

Eugenio negó con la cabeza.

-Nada… se han ido… y con ellos el castillo nuevo. Deben haber madrugado.

Sentí un vacío en el pecho, como si algo me arrancaran de golpe.

-Volverán… cuando vengan de Granada- dije, intentando convencerme más a mí misma que a los demás.

Nadie respondió.

José pateó una piedra.

Rosa, me miro con tristeza.

Manolo suspiró.

-Nos vamos a la ermita de san Isidro- dijo Eugenio al final- como pensábamos. Allí lo pasaremos mejor al aire libre… esto se ha acabado del todo.

Pero yo sabía que no se había acabado, al menos para mí.

-Mañana venimos y nos llevamos las cosas.

Al día siguiente recogimos todo lo que habíamos llevado, en silencio, sin bromas, sin risas, apenados. La emoción de los días anteriores parecía haberse evaporado.

Y así fue.

Ellos dejaron de ir, pero yo no. Yo iba a diario sin que lo supieran. Entraba y miraba el boquete, esperando ver de nuevo las antorchas o las escaleras de piedra, el castillo. A Jaime…

Nada.

Cada día… nada.

Todo el mes de julio y hasta mediados de Agosto, cuando llegó la feria. No falté un día.

Por las noches lloraba. No podía dejar de pensar en él. Era mi amor, el hombre de mi vida.

No dejaba de pensar en sus ojos, en sus palabras, en aquél momento me parecía tan real que dolía aún más.

Septiembre se acercaba. Nos íbamos todos al instituto, excepto Manolo y José que no querían estudiar.

Íbamos a internados con becas. Manoli y yo a Almería, Rosa y Amalia a Vigo y Eugenio se marchaba con su familia al País vasco. Trasladaban allí a su padre.

Todo cambiaba y yo seguía queriendo ver a Jaime. Lloraba todos los días.

Pasó la feria, Eugenio se fue.

Poco a poco, los demás empezaron a olvidar nuestra a ventura de ese verano. La vida seguía, el verano terminaba y aquello parecía quedarse atrás para todos.

Para todos menos para mí.

Yo jamás me olvidaba.

Y ya con mis maletas listas para irme, el día siguiente volví al torreón.

Sola, a despedirme, como cada día.

Y entonces…

5

Y al entrar por la puerta desvencijada, ya no esperaba encontrar nada, pero mis ojos se agrandaron, mi corazón henchido de felicidad. Había vuelto todo al castillo nuevo. Bajé las escaleras corriendo. Oía en la sala donde comían voces y hablar, ningún olor a comida. No era la hora de comer.

Había planos encima de la gran mesa de madera cuando me asomé y uno de los hombres contentos. Habían ganado la batalla y señalaban lugares, mire su sitio. No estaba. Su padre sí, cabizbajo. Y sentí un estremecimiento en el pecho. Y fui a su alcoba, en la que hicimos el amor, nada, no estaba. La cama hecha, todo en orden, silencio y un olor a muerte que me vino y me dejó muerta en vida a mí también.

Volvía a la sala y allí supe cosas importantes: que su hijo, el amor de mi vida, Jaime de Luna, murió en Atarfe. Todos intentaban consolarle. Y dos, que no era hijo de su matrimonio, sino hijo de una criada antes de casarse. Pero que él lo llevaba siempre como su hijo.

Otros le decían que a pesar de todo era ilegítimo, pero eso no consolaba al padre. Se ve que estaban muy unidos.

No supe, cómo murió, supongo que algún moro lo atravesó con la espada. Era tan joven. Todos eran jóvenes, hasta el rey.

Mi corazón se partió en dos en ese castillo nuevo. Yo había vuelto, era suya como me decía, pero él no volvió. No cumplió su promesa. Y yo me iba al día siguiente. Nunca en toda la eternidad iba a encontrarme. Debía hacer como el resto. Olvidarme de todo. Cuando se fueran, todo quedaría en una puerta desvencijada y un hoyo en el suelo.

Un rato de amor que no volvería a tener en la vida y nada me consolaría durante años.

No lo olvidé nunca. Jamás. Era un amor a destiempo, intenso y corto como lo vive una adolescente romántica como yo.

Salí de allí con lágrimas en los ojos y lloré toda la noche. Intentaba aferrarme a su olor, a su piel, los besos inexpertos.

Al día siguiente, Manoli y yo partimos para Almería, los cuatro años que permaneceríamos en La Universidad Laboral internas, pero cada una con diferentes amistades y diferentes habitaciones.

Tuve que adaptarme y volver a vivir, con amigas, compañeras, con compañeros que aunque no dormían allí, estudiaban con nosotros. La vida seguía.

Cuando me integré y me puse al tanto, fui a la biblioteca a buscar algo de Alvaro de Luna, el rey que se llamaba Juan y la batalla que libraron. Y entonces fue cuando supe la verdad. Todo cuanto quería saber estaba allí, en varios libros. Y quería saber tres cosas, Alvaro de Luna, el rey Juan y la batalla.

Alvaro de Luna: (1390-1453)

Era un noble de Castilla, que había nacido en Cañete, Cuenca, condestable del rey Juan II de castilla, el padre de la reina Isabel la Católica. También había sido un hijo ilegítimo (con razón) de un noble de Aragón.

Había participado en la política castellana y en 1423, en un golpe en Tordesillas, fue nombrado condestable del rey.

Era un líder nato, de la orden de Santiago y participó en política y en varias batallas, entre ellas la Batalla de la Higueruela en 1431, la que yo buscaba, esa era, la que se dio entre la Higuera y Granada contra los musulmanes.

Tuvo mucha influencia sobre el rey Juan II.

Se casó dos veces y tuvo un hijo ilegítimo llamado Pedro, pero yo sé que tuvo otro, Jaime, no solo Juan y María con Juana Pimentel su segunda esposa, y otro ilegítimo Pedro.

Se casó primero con Elvira de Portocarrero, pero no tuvo hijos con ella. y si se había casado en 1430 con Juana y en 1431, tenía un hijo de 16 años, no era de ninguna de ellas y Jaime era su hijo mayor, y lo tuvo con 25 años, así que fue antes de casarse.

Fue un gran político y militar que defendió a la monarquía frente a la nobleza, sin embargo esta misma, presionó ante rey junto con la reina Isabel de Portugal y fue arrestado, juzgado y decapitado públicamente el 2 de Julio de 1453 y enterrado en la catedral de Toledo.

Encontré mucha información de Álvaro de Luna, hasta que hicieron una colecta para enterrar su cadáver.

Tanto poder fue la envidia de los nobles y las intrigas lo llevaron a la muerte más bien por envidia.

No era éste hombre en particular lo que me interesaba, ni siquiera el rey. No hallé nada de Jaime, pero existió y estuvo en esa batalla.

Pero él fue uno de los personajes más poderosos e influyentes de la Castilla del siglo XV y su historia es interesante porque está llena de poder, intrigas, batallas… y un final trágico.

Fue la mano derecha del rey y gobernó prácticamente el reino de Castilla, durante muchos años. Fue el hombre más poderoso después del rey.

Dirigía el ejercito, la política del reino, tuvo grandes riquezas y controlaba la corte, de ahí que muchos nobles lo odiaran, sobre todo Juan Pacheco, e Íñigo López de Mendoza, pero sobre todo la reina Isabel de Portugal.

Ganó su primera batalla en Olmedo y esto consolidó su poder.

Un gran estratega que cayó por las intrigas palaciegas, pero su época, está llena de castillos, batallas, nobles, amor imposible, conspiraciones.

En la batalla, el rey evidentemente no combatía directamente. Se situaba en una posición privilegiada y elevada como la torre del castillo y observaba el desarrollo de la batalla, rodeado de su guardia personal y recibiendo mensajes de los jefes militares.

Se mantenía tranquilo, confiando en el condestable, incluso en el terremoto, porque Álvaro de Luna , era quien dirigía la batalla, las cargas, se movía entre los caballeros daba órdenes directas y cuando la tierra tembló, no se retiró, animó a sus hombres, reorganizó la caballería y ordenó continuar el ataque. Ese fue un momento importante que dio firmeza al ejército antes del ataque decisivo, que le dio poder al condestable y se ganó la envidia de la nobleza.

Juan II de Castilla

Juan II de Castilla fue rey de Castilla, por lo que resumí en folios de lo que pude sacar de la biblioteca, desde 1406 hasta 1454. Murió un año después de su condestable Álvaro de Luna… Su reinado fue muy conocido por la enorme influencia de su válido favorito y poderoso condestable, Álvaro de Luna.

Nació el 6 de Marzo de 1405 en Toro y murió el 22 de Julio de 1454 en Valladolid. Su padre fue Enrique III de Castilla y su madre Catalina de Lancaster. Cuando tenía un año de edad, murió su padre y por ende y sucedía en el época había regentes hasta que él fuese coronado rey, debido a su corta edad. Estos fueron su madre Catalina de Lancaster y su tío Fernando de Antequera, posterior rey de Aragón.

Desde pequeño, se consideró inteligente, sensible, amante de la poesía, pero débil políticamente, dejando el poder en manos de otros, en ese caso su condestable y amigo íntimo Álvaro de Luna.

Gobernó Castilla durante años en su nombre, y por esa parte Álvaro como señalé antes tuvo y se ganó muchos enemigos, los nobles y la segunda esposa del rey, Isabel de Portugal.

Su primera esposa fue María de Aragón, con la que tuvo a Enrique IV de Castilla.

De su segunda esposa Isabel de Portugal, tuvo a Isable I de Castilla, que fue Isabel la Católica y Alfonso de Castilla.

Su reinado fue importante porque Castilla estuvo dominada por nobles poderosos, se fortalecieron algunos conflictos internos y preparó el camino para el reinado de su hija Isabel la Católica. Y además … su época coincide con personajes importantes, como su condestable, del cual encontré varios libros escritos en la biblioteca de la Universidad Laboral, no me los leí, por cierto.

Fue una época de conspiraciones, traiciones, batallas... y ejércitos moviéndose constantemente.

En la época del castillo 1431, la batalla de la Higueruela, que ocurrió entre Higuera y Granada con luchas encarnizadas, donde los castellanos lucharon contra el reino musulmán del reino Nazarí de Granada, donde supe que todos estuvieron presentes, los vimos.

Fue una batalla enorme, también lo vimos, no hasta Granada, pero sí el gran campo desde el otro castillo, el del Cerro Castellar hasta el del torreón, caballeros con armaduras, banderas ondeando al viento, trompetas de guerra a lo lejos, caballos y hasta un gran terremoto.

Los campamentos de tiendas militares y moras…

En aquél tiempo, Castilla estaba llena de castillos llenos de soldados, caminos peligrosos, nobles conspirando, reinos musulmanes en el sur, en cada una de las provincias andaluzas que ahora conocemos…

Y en medio de todo… Un rey sensible y poeta: Juan II de Castilla.

Se dice que prefería la música, la poesía, las poesías caballerescas, así que más que gobernar, dependía de su condestable, que hacía el papel que a él, le correspondía.

Le dolió mucho dar la orden de ejecutar a su condestable y se dice que murió al año siguiente, el 22 de Julio, de 1454 en Valladolid, enfermo y profundamente triste, porque cuando su condestable fue ejecutado, el rey se quedó abatido y arrepentido y su salud empezó a empeorar rápidamente. Se volvió silencioso, apenas hablaba y estaba lleno de remordimientos, porque Álvaro de Luna, había sido, más que un amigo, un hermano desde joven.

Tras su muerte, el trono pasó a su hijo, Enrique IV de castilla, y más tarde, tras muchas luchas… llegaría al poder su hija: Isabel la Católica, Isabel I de Castilla, que posterior mente se casaría con Fernando II de Aragón uniendo sus reinos, echando a todos los moros de Castilla y de España y que financió a Cristóbal Colón en su descubrimiento de América.

Juan II fue un buen hombre, sensible, amigo fiel, pero débil como gobernante, rodeado de conspiraciones.

La batalla de la Higueruela o de la Higuera.

Esto me importaba. Así que ya llevaba días leyendo información, en el poco tiempo que tenía libre, porque tenía que estudiar. Y que aunque ya tenía menos importancia por la muerte de Jaime y por el que aún lloraba. Y en el que algunas compañeras de habitación, ya que éramos ocho el primer curso, creían que lloraba como otras muchas, por salir de casa y el cambio al estar interna y me animaban, yo les decía que no, que me gustaba, porque estábamos cerca de la playa, y si tomábamos un autobús, en veinte minutos en la ciudad.

Éramos privilegiadas. Pero esto será un tema aparte porque la señora de la biblioteca, me sonreía por las tardes y me decía si me gustaba la historia. Yo le contestaba que esa parte de la historia que se había desarrollado en parte en mi pueblo y allí, no había bibliotecas y no encontraba información.

Y tampoco tenía dinero para comprar libros, todo sea de paso. Pero allí los tenía.

Y estuve más de un mes leyendo a diario todo lo que me interesaba. Y en ninguna constaba Jaime de Luna, el olvidado- le puse.

En cuanto a la batalla, no se libró solo en Granada, ya que nosotros estábamos en la Higuera de Martos antes y luego de Calatrava, cuando la orden de calatrava se hizo con la zona, así que hubo varias batallas y en nuestro pueblo, los libros confundieron o se cree que confundieron el lugar y no se libró en nuestro pueblo, sino en un lugar, La Higueruela, perteneciente a la Vega de Granada, cerca de Atarfe. Dicen que el nombre lo tomó porque allí había una vieja higuera.

Independientemente de que fuese más cerca de Granada o de La Higuera de Jaén, allí estuvimos nosotros, en parte de la batalla y allí estaba el rey, su condestable y muchos nobles, que entraron por el castillo del Carro Castellar y subieron al del Torreón que era más alto y seguro. Y ese día del 1 de Julio, estaban en Higuera, que se fuesen el dos de Julio a Granada, eso lo sabíamos mis amigos y yo.

Esa guerra fue una incursión a tierra conquistada mora, y se iniciaba la reconquista que terminaría con Los Reyes Católicos expulsando a todo

moro de nuestros reinos.

Fue un enfrentamiento entre moros y cristianos, un enfrentamiento cruel e importante donde las bajas se contaban por miles y miles, de ambos bandos.

El condestable fue una pieza principal en esa batalla, y el rey contra el sultán de Granada Muhammad IX de Granada.

El ejercito castellano entró en el territorio del reino de Granada. Los granadinos salieron a enfrentarse cerca de la Vega de Granada.

Fue una batalla dura, de hecho, vimos parte y doy fe, dura y sangrienta. Hubo caballería pesada castellana por el contrario de la ligera, aunque más rápida de los musulmanes. Pero el condestable Álvaro de Luna, dirigió el ataque decisivo y Castilla ganó la batalla finalmente. De eso me enteré por las lecturas, aunque no se conquistó Granada, fue una gran demostración de la fuerza castellana y fortaleció el poder del condestable y el prestigio del rey Juan II. También se consideró uno de los grandes enfrentamientos, antes de la caída final de Granada en 1492.

Y allí estaba en los libros, lo que nosotros sentimos y vimos y que llegó hasta el pueblo convertido en tierra y tiendas de campaña.

Miles de caballos enfrentándose a la vez. El suelo temblando bajo todos esos cascos de caballos, el ruido ensordecedor, hierro contra hierro, gritos, cascos, polvo, banderas.

Y nosotros en medio de esa batalla. Lo recordaba esos días y me pareció increíble haber estado allí en medio de esa barbarie, oliendo, sintiendo, pero sin que nada nos llegara a tocar un pelo.

Y me olvido de las flechas, de los arqueros y de Antoñillo corriendo en busca de ellas en el aire.

También leí sobre el temblor de tierra, el terremoto durante la batalla. No nos habíamos inventado nada.

En los libros se hablaba de un ligero temblor, sería en Granada, aquí en nuestra continuación de la batalla, fue el terremoto más grande que yo he conocido. Las grandes rajas en la tierra, el susto de los caballos y soldados, en nuestro propio pueblo, los momentos de confusión, los vivimos.

Los soldados interpretaban esto como una señal divina, los castellanos como una señal de la victoria y los musulmanes como un mal presagio.

El ejercito castellano, por el contrario, aprovecho ese momento, para reorganizarse y continuar el ataque.

Dicen los libros que no fue un terremoto fuerte, pero lo fue, lo suficiente para notarse en medio del combate y para ellos, y las caras que vimos parecía para ellos algo sobrenatural.

El rey, se situaba en una posición elevada y protegida, no participaba en la batalla, la observaba desde lejos, rodeado de su guardia personal, recibiendo mensajes de los jefes militares.

Cuando ocurrió el temblor de tierra, también lo sintieron desde donde estaba el rey, y se cuenta que éste permaneció tranquilo confiando en su condestable, que era quién realmente dirigía la batalla.

Álvaro de Luna, estaba en la primera línea de ataque, dirigía las cargas, se movía entre los caballeros y daba directamente las órdenes.

Y cuando el suelo tembló y los solados y caballos se inquietaron, hubo un momento de desorden y miedo, pero el condestable, no se retiró, al contrario, animó a sus hombres, reorganizó la caballería y ordenó continuar el ataque.

Ese fue un momento decisivo e importante que hizo romper al ejercito musulmán de Granada y ganar la batalla.

Esta victoria, aumentó muchísimo el poder del condestable, pero también hizo que muchos nobles empezaran a tenerle envidia lo que más tarde le llevaría a su caída, y ejecución.

Allí en esa batalla, debió morir Jaime, que no dudo yo que fuese al lado de su padre, que alguna flecha o espada traspasase su vida y la mía para la eternidad.

Y buscarme en la eternidad era una frase que él me dijo, una frase como tantas se dicen.

Y aquí cerré la historia, la aventura y expedición de ese verano del 76.

O eso creía… que estaba cerrada.

6

Mi búsqueda en la biblioteca terminó al mes. Era tanta el ansia por saber, por encontrar su nombre, por tener una idea de dónde murió o de cómo, que no encontré nada.

Ni siquiera había sido consciente de mis clases de la Universidad laboral, ni en dedicarme a hacer alguna amiga. Casi que podían llamarme rara. Las pocas veces que coincidía con Manoli, esta intentaba evitarme y supe que no quería saber nada. Tan desaliñada que era se convirtió en una chica muy cuidada y parecía un ser superior al resto.

Yo, casi con mi dolor, apenas me había fijado en la Universidad Laboral de Almería, donde se me concedió una beca de internado para hacer bachiller, tres años y COU, antes de elegir carrera universitaria, que ya no sería en un internado.

La Universidad, era un lugar muy moderno para su época, nosotros que veníamos de un pueblo antiguo y pequeño. Parecía una pequeña ciudad educativa en medio de un terreno abierto al mar.

Se inauguró dos años antes, en 1974, por lo que en 1976, era prácticamente nueva, con unas instalaciones muy avanzadas comparadas con otros centros de España.

Diseñada como una ciudad interior, con calles interiores que llevaban a una plaza central porticada.

Desde esas calles, se accedía a las aulas, talleres, laboratorios y residencias. Todo organizado con patios interiores, para dar luz y ventilación natural. Por fuera parecía austera y cerrada, como de una época mucho más moderna, pero por dentro, era abierta y luminosa.

Los arquitectos, la diseñaron así, yo creo que porque el clima de Almería era caluroso, y los patios con jardines, buganvillas, jazmines y parras ayudaban a refrescar el ambiente.

Dentro había aulas muy modernas, talleres de formación profesional, se daba de electricidad y agraria, luego había de física, química, comedores,

residencias para dormir, para chicas, despachos de profesores, dos aulas de estudio enorme, la biblioteca estaba fuera, junto con pistas de patinaje, baloncesto, balonmano y fútbol y gimnasios. Y calles para pasear alrededor, una cafetería paralela al patio, ya dentro, dos comedores enormes, uno tenía vistas al mar, y ese me encantaba y entre uno y otro… una gran cocina abierta.

Hasta una pequeña tiendita que llevábamos las internas para comprarnos, pues cosas de aseo que necesitáramos. Y una enfermería con cuatro camas.

Salas de televisión enorme con sillas y sillones de colores, azules, naranjas, verdes, negras, tapizadas y los mangos de los sillones de madera clara…, otra de teatro y cine, despachos para los profesores, una gran entrada con recepción a la izquierda, pequeños patios interiores con césped y zonas ajardinadas.

El cristal presente en el recinto y las puertas con redondeles de cristal arriba.

Podía acoger a más de mil alumnos, muchos procedentes de pueblos de Almería que si eran pueblos cercanos o la capital, venían en autobuses por la mañana y se iban tras merendar por la tarde. Comían y merendaban. Las internas, todas las comidas.

Estaba bastante aislada y tenía dos entradas , una a una carretera principal, cruzábamos la carretera y tomábamos allí el autobús y dejarnos nos dejaba al lado de la puerta, una reja, que se cerraba a una hora prudencial. Con guardias de seguridad.

La otra puerta, por una carretera antes de llegar a la derecha y entraban los autobuses, coches, donde había un gran aparcamiento y por esa salida, íbamos un kilometro y medio a la playa casi desde mayo.

Estudiar allí, era muy distinto a hacerlo en un instituto normal, había disciplina, no excesivamente como en otros internados. Teníamos libertad para salir, irnos de fines e semana, si nuestros padres nos daban permiso que firmaban cuando entrábamos, pero también y por medio de megafonía en habitaciones nos podían avisar si teníamos llamadas telefónicas en las dos alas de dormir que había, con tres pisos cada una. El teléfono estaba abajo en una salita abierta con dos sillas- sillones de colores.

Y lavaderos para lavarnos la ropa al final del pasillo largo de los dormitorios señalizados, en la parte baja, y enfrente.

Estaba la universidad en ese tiempo bastante aislada, rodeada de campo seco, como un edificio en medio del desierto, pero era enorme y llamaba la atención. Era como llegar a otro planeta, de hecho, los arquitectos que la diseñaron la descubrieron como una ciudad educativa en medio del desierto almeriense. No se parecía a ninguna otra del país.

Ahora se ha convertido en un IES, el IES Sol de Portocarrero, no sé de dónde le viene el nombre, ya no hay nadie interno, pero sigue siendo uno de los edificios educativos más emblemáticos de Almería. Claro que ha crecido mucho desde aquellos años.

Allí conocí a amigas, muchas de Granada, la mayoría de las chicas, eran de Granada, de pueblos, incluso a una de Atarfe, Mercedes, con ella me iría un fin de semana a su pueblo un año después.

Un año antes había muerto Franco, cuyo ministro de Trabajo José Antonio Girón de Velasco, fue el creador de estos centros repartidos por toda España, bajo el mandato de Franco. La primera y más antigua laboral de España se construyó en 1955, la de Gijón. En total fueron 21 las que se hicieron, en régimen de internado o semi internado, para dar cobertura educativa a hijos de trabajadores y de las capas sociales menos favorecidas. Es decir más pobres.

Pero eso debía ir unido a unas buenas calificaciones y ninguna asignatura suspensa y así se mantenía años tras año. Debías tener todas las asignaturas aprobadas con una media, en septiembre o se te quitaba la beca. No te la regalaban, sino que debías trabajar y tu trabajo era estudiar, desarrollarte, ser independiente, convivir. Una forma distinta de vida.

La vida en la laboral, era despertarse temprano. Los primeros años, nos regalaban los uniformes de gimnasia, zapatillas, libros, materiales escolares, incluso los viajes de Navidad, Semana Santa, entrada del curso y salida de este.

El movimiento aparecía a las siete y media de la mañana, cuando sonaban los timbres en los dormitorios. Era la señal de levantarse. Ruidos en las habitaciones en una hilera de literas abajo y arriba, con nuestros armarios,

los baños, y la vista al patio interior., duchas y secadores, prisas, vestirse, hacer la cama y listas para el desayuno.

-Venga que llegamos tarde- decía una mientras se ponía la chaqueta.

-¿Hoy hay física?- preguntaba otra medio dormida.

-Mira le calendario Viki, hija, todos los días igual.

Nada era lujoso, pero todo era limpio y nuevo, moderno, futurista. En los pasillos salíamos de las habitaciones, murmullos, risas, algún empujón amistoso, cargadas con los libros hasta el recreo. Luego volvíamos a por el resto rápido, para coger el bocadillo, o al revés.

La luz comenzaba a entrar por los patios desde las galerías y recorrían los corredores.

El olor a café en el ancho pasillo a los comedores, mesas de seis, blancas, leche, pan mantequilla, mermelada, desayuno rápido, grupos de chicas.

-¿Tú eres de Jaén?

-Sí, de un pueblo ¿y tú?

-De Velez, Granada.

Y así empecé a hacer muchas amistades que luego dejamos atrás.

Terminábamos el desayuno y entrábamos a las clases. Y la puerta se cerraba.

A media mañana, el recreo, el patio se llenaba de vida, las calles de fuera, los patios interiores.

Después más clases y de nuevo el comedor, ahí había más ruido, los chicos, comida con nosotras, risas, historias enamoramientos, conocimientos mutuos, cartas recibidas. Yo recibí algunas de Eugenio, pero jamás, hablamos de lo ocurrido aquél verano y yo sabía que también había investigado, conociéndolo como lo conocía…

Debía permanecer enterrado en la memoria.

Si no estábamos cerca, solo íbamos a casa en vacaciones. Las tardes eran talleres y estudio.

Y los fines de semana, íbamos a Almería, al cine, a pasear, a probar esas tapas enormes, al mercadillo, a ver barcos enormes americanos que atracaban en el puerto.

O ya un poco más mayores nos íbamos en los puentes a pueblos de nuestras amigas.

Mercedes era gran amiga mía y ella sabía de esa batalla. Pensé cuando me invitó un fin de semana junto con otra amiga, que nos íbamos haciendo dedo, porque dinero no teníamos. Claro que ese tiempo se podía ir así, ahora no. Pues pensé encontrar algo, no sé una señal, algo por dentro, un vuelto en mi corazón. Pero solo encontré a sus amigos y salir. Nada.

Las noches, en la laboral, eran a veces ver la tele, tras la cena más silenciosa, como el desayuno, algunas se iban a las salas de estudio y otras veces nos quedábamos contándonos quienes nos gustaban de los chicos o historias nuestras. Nunca jamás conté nada. Solo que me había gustado un chico de mi pueblo llamado Jaime.

Y al día siguiente volvía a empezar todo de nuevo.

Los cuatro años que pasé en la Laboral, fueron como vivir en un mundo aparte. Un mundo grande, serio, casi solemne… y al mismo tiempo lleno de risas, amistades, nervios y descubrimientos.

El primer año estuve triste y melancólica pensando en Jaime, ni una sola noche de esos cuatro años dejé de llevarlo conmigo.

Entré siendo casi una niña con 14 años y Sali siendo una chica de 18, mayor de edad y siendo otra persona diferente. El estar con gente día a día, me cambió, me socializó.

La primera impresión todavía la recuerdo. Aquél edificio enorme, con sus patios inmensos, los pasillos largos que parecían no acabar nunca, el eco de los pasos en las galerías.

Todo parecía demasiado grande para mí, y para los compañeros.

Íbamos con la maleta, algunos acompañados por nuestros padres, yo, con mi madre, pareciendo tan pequeños, parecer valientes... aunque por dentro se nos encogía el estómago. Algunas chicas no aguantaron y volvieron a casa.

Los dormitorios largos con las camas alineadas a la pared, era nuestro refugio interior, solo nuestro. El olor a ropa limpia, a metal de las estructuras, a colonia barata, pero que olía estupendamente, nada de perfumes caros.

Las primeras noches, me costaron. Había quién lloraba bajito para que nadie la oyera. Otras hablaban en voz baja, contando de dónde venían, cómo era su pueblo, qué echaban de menos. Nos preguntábamos de donde éramos.

Y así empezaban las amistades. Era maravilloso, el despertar, el ver el mar por primera vez y mientras comía o desayunaba. Siempre elegía ese comedor. Soñábamos y sabíamos que eso era una oportunidad y nos afanábamos en estudiar. Y leer.

Después de empaparme de la batalla, sacaba un libro y por las noches, leía y cuando se me acababa, sacaba otro. Eso hacíamos Antonia y yo, una de mis mejores amigas de un pueblo de Granada.

Los recreos era lo mejor, y los deportes, el balonmano me encantaba.

Allí aprendimos muchas cosas, no sólo a estudiar, no solo a leer y a aprender.

Aprendimos a convivir, a echar de menos a ayudarnos, a hacernos mayores, a ser tolerantes y empáticos.

Con el paso de los años ya no fuimos las mismas, no fuimos los mismos. Los nuevos que cada año llegaban, nos parecían pequeños, igual que nosotros al principio. Y sin darnos cuenta, nosotros, ya éramos los veteranos.

El último año, tuvo algo distinto. Sabíamos que se estaba acabando y que cada uno nos íbamos a estudiar una carrera distinta. Yo quería estudiar historia en Sevilla, porque en Sevilla iba Antonia a estudiar Literatura. Así podíamos alquilar un piso para las dos, cerca de la universidad y compartir

gastos. Nos darían beca ya y la matrícula era gratis si te la daban y con el dinero viviríamos y si encontrábamos algún trabajo de algunas horas los fines de semana, pues… conformamos nuestro sueño. Sueño que se dio después.

Cada rincón empezaba a tener sus propios recuerdos. El último día fue extraño. Alegría por volver a casa… tristeza por dejarlo todo.

Nos despedimos con promesas de vernos , de no perder el contacto, pero fueron promesas, salvo las de Antonia y las mías.

Lo que sí supimos, es que esos cuatro años en la Laboral, nos marcaron para siempre porque allí no solo estudiamos.

Allí crecimos.

También formaron parte de aquellos años… las ilusiones silenciosas, las miradas a los chicos que duraban más de lo normal, los sentimientos que nacían sin hacer ruido.

Allí, nacieron entre las clases, y los pasillos los primeros latidos distintos. La vida seguía y algunos chicos me llamaron la atención. Uno por su forma de hablar, otro por su timidez y su sonrisa, otro por cómo te miraba sin decir nada.

Eran pequeñas ilusiones que te acompañaban durante días y meses. Coincidías con él donde fuese y el día ya pintaba de colores distintos y ese día era diferente.

O lo veías cruzar por le patio o en clase y su mirada te buscaba y tú la suya. Silencios compartidos.

En realidad me golpearon el corazón, tres chicos, Fran que era de mi pueblo y con el que salí a los 16 años un par de meses solo, ya que se fue con otra. Como el pueblo era tan grande…

Fran me afectó bastante. Luego Joaquín, pero no había superado a Fran y lo dejé yo, y el ultimo año Miguel, con el que salí una tarde, pero le gustaba a una compañera de los cuatro años y lo dejé porque tampoco tenía sentido si nos íbamos en unos meses.

Nunca me acosté con ninguno, solo besos. Mi amor a pesar de todo lo lejano que me parecía, seguía siendo Jaime, y lo sería a pesar de todo, por los años de los años, siempre cercanos, siempre intensos.

Porque no todo se mide en lo que ocurre físicamente. A veces, lo más fuerte es lo que se queda dentro.

Había algo en mi que seguía pensándolo, imaginándolo, recordándolo, incluso a veces al recordarlo, me venía el olor de su piel y todo a mi alrededor era distinto.

Él, nunca se fue. El motivo… no lo sabía.

7

En Sevilla, ya con beca y matrícula gratis, Antonia y yo alquilamos un piso de dos dormitorios y dos mesas y sillas para estudiar dentro del cuarto de casa una, una cocina, salón y un baño para ambas, pequeño, coqueto, bonito, cerca de la Universidad, que estaba en el centro y que se alquilaba para universitarios.

Si nos iba bien, estaríamos cinco años, hasta los 23. Nos encantó Sevilla cuando llegamos con nuestras madres y nos acomodamos en nuestro pequeño piso, un cuarto con ascensor.

Fuimos a la Universidad, preciosa, cada una a su parte de esta. Y empezamos las clases en Octubre, cada una en un lugar, la parte de Geografía e Historia estaba en una calle y la de Literatura Hispánica en otro lugar. Y aunque nos separábamos para ir a clases, nos uníamos al salir. Poníamos un bote y compartimos gastos. Tuvimos la suerte de tener un teléfono en el piso.

Pasaron casi sin darnos cuenta esos cinco años de Universidad, no solo fueron estudios, pero sí la mayor parte del tiempo, convivir con menos personas era genial porque nunca tuvimos roces ni problemas.

El primer año todo era nuevo.

La ciudad, los edificios bajos, bonitos, esa ciudad monumental, la gente abierta, el olor a azahar de la primavera, el calor del verano. Sevilla olía distinto, aunque no tenía mar, eso lo echamos de menos, el irnos los fines de semana a la playa. No teníamos para comprarnos un coche, el café por las mañanas con jamón del bueno, los apuntes bajo el brazo, las terrazas.

La biblioteca se convirtió de pronto en nuestro refugio, allí encontramos ambas trabajo los sábados y domingos, cuatro horas por la tarde, cada día, lo cual nos daba un extra.

Era y sigue siendo una biblioteca pública que no cierra nunca. Una biblioteca de estudio solamente. Un trabajo silencioso, íntimo, tranquilo, que nos permitía estudiar también.

El sonido de las hojas pasando, los pasos suaves, las mesas largas llenas de no sólo estudiantes, pero todo el mundo concentrado.

A veces, levantábamos la vista y veíamos a alguno mirándonos, disimulando cuando lo habías descubierto..

Había uno que siempre venía los domingos. Se sentaba en la misma mesa, en el mismo sitio, cerca del ventanal. Moreno, callado, con libros de derecho siempre abiertos.

Nunca hablamos mucho, solo alguna sonrisa, algunas "buenas tardes! Susurrando. Y me acostumbré a verlo entrar cada domingo. Y cuando no venía, la tarde, se me hacía más larga.

Entre semana, la vida era distinta, las clases, los apuntes, exámenes, cafés improvisados o bocadillos entre asignaturas, conversaciones, interminables, profesores, risas y sueños.

Antonia y yo, más que amigas, éramos hermanas, compartíamos todo, secretos mientras caminábamos por las calles al atardecer. Todo menos mi secreto. A veces íbamos de tapas, al cine, a fiestas de la Universidad.

Hubo varios chicos, uno alto de Ingeniería, que me acompañaba si me veía. Otro de Historia que me dejaba apuntes y hablábamos después de clase camino a nuestros pisos. Los que te miraban, los que hablaban más de la cuenta. Los ligones…

Me ilusioné de nuevo, más de una vez, en cinco años,.. sobre todo con el que iba a la biblioteca y estudiaba derecho, pero nunca se atrevió a nada más.

Y yo, por mi parte, siempre había algo que me frenaba, una timidez, una duda.

Y pasaron los años, y como en la Laboral, salvo besos, nada de sexo…

El último año me llegó con una sensación extraña de qué hacer después, no quería irme de allí. Antonia sí que tenía claro irse a Granada. Pero yo no, algo me decía que me quedara allí. Allí había pasado mi juventud, la Universidad, era diferente y tenía una nostalgia si la dejaba que me pisaba

la vida. No quería que aquellos cinco años se fueran nunca. Ni yo irme. Pero todo desaparecía, las risas, los compañeros, el trabajo, todo.

Y por casualidad antes de acabar me hablaron de un instituto privado y me pasé por allí para ver si necesitaban profesores de Historia.

Dios existía porque tenía trabajo. Y no dejaría ese piso de momento, aunque estuviese sola y tuviera que tomar un autobús para ir al instituto. Vivía en el centro y hablé con mi casero. Y volvía tras las vacaciones. Con trabajo.

Antonia y yo, tras nueve años juntas lloramos mucho cuando nos despedimos. Iba a prepararse oposiciones de profesora en su pueblo y pedir plaza si aprobaba.

Me fui al pueblo y como cada vez que iba, visitaba la torre y nada. Nunca dejé de ir cada día que pasaba en vacaciones, esperando encontrarlo…

Pasaron las vacaciones y volví a Sevilla a trabajar en el instituto privado como profesora de Geografía e Historia. Me había quedado alquilada con el mismo piso en el que vivimos cinco años. Me lo había pintado el casero, hasta las puertas, lo había limpiado y cambiado los muebles a muebles nuevos. Con un pequeño despacho en una de las habitaciones, la de Antonia y un sofá cama. A cambio me subió un poco el alquiler. Pero merecía la pena, lo bonito que quedó y que yo le puse algún decorado cuando fui cobrando mi nómina.

Ahora me tocaba vivir sola, y no era tan malo, me encantaba. Tuvo la deferencia de ponerme una cama de matrimonio grande, y una cómoda bonita. Los muebles eran buenos, seguro.

Conocí a mis alumnos, el funcionamiento del colegio. Teniendo en cuenta que era la profe más joven del instituto y me preguntaba si estaba preparada o no para lidiar a los 23 años con ellos. Pero eran encantadores, de buena familia, con uniformes. Y por supuesto que me querían.

Y yo, por mi parte, tenía muchas cosas por vivir, un buen horario de mañana y un muy buen sueldo. El primer mes decoré lo que me faltaba en el piso, el segundo me apunté a una autoescuela para sacarme el carnet de conducir. Y comprarme un cochecito pequeño, si iba al pueblo o a la playa o

a algún fin de semana por ahí, moverme en centros comerciales y supermercados lejanos, peor más baratos. Ya íbamos camino de 1986.

Era una tarde de otoño, del segundo año en que yo daba clases, de 1986. El aire, ya no era cálido, pero tampoco frio, me había a acostumbrado a vivir en Sevilla y me encantaba y en lo que no soportaba el verano, me iba, que para eso tenía vacaciones.

Ese otoño suave que huele a hojas secas en el suelo de varios colores anaranjados y amarillos y tardes largas.

Estaba sentada tomando un café en la avenida que daba a la catedral. Las mesas eran de hierro negro, un poco frías al tacto, aún se estaba bien en la terraza. Pedí un descafeinado con leche y un dulce, un pequeño gesto que me permitía el sábado que no tenía nada que hacer, ya que el año anterior me saqué el carnet y estaba pagando un coche, nuevo, pero pequeño, un Ford fiesta azul. Tenía un gasto más, pero podía pagarlo bien y ahorrar para comprarme un oiso, viajar en vacaciones. Me organizaba bien. Ya vería si cuando acabara de pagarlo, me pensaba comprar un piso y dónde.

La catedral, se alzaba delante, grandiosa, dorada por la luz de la tarde. Las hojas caían lentamente sobre la avenida y la gente paseaba sin prisa, ocupando las terrazas, dentro de las cafeterías o simplemente paseando.

Y entonces, al levantar la vista, lo vi.

Frente a mí, sentado en otra mesa, estaba el chico de derecho de la biblioteca. No lo había visto desde hacía dos años, pero me reconoció.

Estaba igual, claro como yo, dos años mayor, y él ya tendría tres más que yo, o sea tendría unos 28.

Moreno, serio, con esa forma de mirar tranquila, de mirar alrededor como si siempre estuviese pensando algo que no decía. Tenía un café y un libro abierto delante, pero no leía. Estaba solo. Parecía distraído.

Sentí algo que me subió desde el estómago hasta la garganta. Ese mismo nerviosismo antiguo, no tan fuerte como con Jaime, pero el primero desde él. Una sensación parecida.

Pensé en no mirarlo más, en terminar el café y el dulce y marcharme. Pero de nuevo, levantó la vista y me miró por segunda vez, como si el tiempo no hubiese pasado y estuviésemos en la biblioteca y el silencio volviera a ser el mismo.

Se quedó mirándome unos segundos. Luego lentamente… sonrió. Una sonrisa suave, casi tímida.

Yo bajé la mirada al café, notando cómo me latía el corazón pero al levantarla otra vez, ya se estaba levantando él.

Caminó hacía mi mesa.

Despacio.

Sin prisa.

Y cuando llegó a mi lado, dijo simplemente:

-Hola… chica de la biblioteca.

Sonreía un poco nerviosa.

-Hola… chico de la biblioteca.

Nos miramos y en aquél momento, supe que algo distinto empezaba en mi vida otra vez.

-¿Puedo sentarme?- preguntó con una sonrisa suave, la misma que recordaba de la biblioteca.

Era alto, más de lo que suponía, y había ido al gym, o no lo recordaba tan fuerte. Lo cierto es que era bastante atractivo y vestía con elegancia, una elegancia innata también en sus modales. El pelo bien recortado, los ojos verdes, una nariz recta…

Le miré sorprendida, pero también con una alegría que me subió desde el pecho sin avisar.

-Claro… siéntate.

Se acomodó frente a mí, dejó el libro en la mesa y durante unos segundos, ninguno de los dos habló.

Solo el sonido lejano de la gente paseando por la avenida, el tintinear de las cucharillas y las risas de algunos niños al pasar.

-Han pasado… ¿dos años?- dijo él mirándome con atención.

-Sí… dos años, respondí, intentando reconocer en su rostro al chico que veía en la mesa del ventanal, con libros gordos ante él y apuntes, escribiendo…

-No pensé volver a verte- añadió.

-Ni yo.

Sonrió un poco, como si aquél encuentro tuviera algo inesperado y algo inevitable.

-¿Sigues leyendo tanto como antes?- preguntó.

-Sí- y veo que tú también- le dije señalando el libro que tenía a su lado.

-Nunca dejé de ir a la biblioteca… al principio, casi esperaba verte.

Aquella frase quedó suspendida entre los dos. Bajé la mirada a la taza de café, sintiendo un leve temblor interior.

-A propósito, me llamo Víctor, Víctor Serrano- dándome la mano.

Yo le di la mía y la apretó firme.

-Carmen Sánchez, encantada.

-Y dime Carmen, ¿qué ha sido de ti estos dos años?

-Pues acabe la carrera de Geografía e Historia y estoy dando clases en un Instituto Privado. En la biblioteca, trabajábamos mi amiga y compañera de piso Antonia, los sábados y domingos cuatro horas, para ganar un dinerillo extra. ¿Y tú?

-Llevaba dos años trabajando en un bufete de abogados.

-Sí, tenías libros de derecho.

-Había acabado la carrera y aún no estaba fino en el bufete y estudiaba los casos. Me gustaba el silencio de la biblioteca.

-¿Entonces qué edad tienes?

-Pues 28 profesora y ya estoy fijo.

-Me alegro. Yo tengo 25, llevo dos años y estoy fija, también.

-Sabía que acabarías enseñando… siempre parecías saber más que los libros.

-Reí suavemente.

-No, solo me gustaba estudiar allí, mientras trabajaba.

-Yo también, aunque la verdad, no siempre iba por los libros.

Lo miré entonces, y volvimos a quedarnos en silencio, como en aquellos días en la biblioteca, cuando bastaba estar cerca sin decir nada.

-¿Y tu amiga?

-Era de Granada, de un pueblo. Se fue a prepararse unas oposiciones y las ha aprobado. Está en Guadix de profesora de Literatura Hispánica.

-Me alegro mucho. ¿Tú de dónde eres?, no tienes acento sevillano.

-De un pueblo pequeño de Jaén, de Higuera de Calatrava.

-Bonito nombre.

Y de nuevo silencio.

El sol entraba entre los árboles de la avenida y dibujaba reflejos dorados en su rostro. Había cambiado, sí… era más adulto, más seguro… pero sus ojos verdes tan bonitos, eran los mismos.

En ese momento, supe, que a pesar de los dos años, de los caminos distintos, algo entre nosotros seguía intacto, como si el tiempo solo hubiera esperado este café de Otoño para continuar la historia.

Hablamos y el tiempo se iba y en la terraza entraban los últimos rayos de sol de la tarde. No había mucha gente, se retiraban y preparaban para la noche, las cenas, etc. El café se acababa.

-¿Qué tal el trabajo? ¿ Te gusta?. Me preguntó mirándome a los ojos.

-Muy bien, el primer año me costó adaptarme, era muy joven, pero afortunadamente los chicos son bastante buenos, de uniforme- le dije- y me encanta mi trabajo, aunque algunos ponen a prueba mi paciencia a veces, pero es normal- sonreí- .¿Y el tuyo?

-Intenso. Ya sabes… penal.

Lo dijo con naturalidad, pero yo sentí un pequeño nudo. Siempre que oía penal, me imaginaba historias de personas duras, rotas, situaciones difíciles, asesinatos, robos a mano armada, delincuentes.

-Debe ser …complicado- dije con suavidad- A veces me preocuparía ver tantas situaciones duras y difíciles.

Fernando apoyó la mano sobre a mesa, sin tocar la mía, pero cerca.

-Lo es… pero también es necesario. Hay gente que necesita que alguien la escuche, incluso cuando todo parece perdido. Y recuerda, todo el mundo es inocente, hasta que se demuestra lo contrario.

Lo miré con atención. Había algo en su forma de hablar, una serenidad firme, que me tranquilizaba y a la vez, me hacía admirarlo más.

-Sí, supongo que hace falta gente como tú-dije casi en voz baja.

Nos quedamos un momento en silencio. No era incómodo, era uno de esos silencios que parecen decir más que las palabras.

Entonces, Fernando rompió la pausa.

-¿Te apetece cenar esta noche y dar un paseo o tomar una copa? Me gustaría conocerte más y ya que te he encontrado… No tengo pareja ¿y tú?

-Tampoco.

-Pues si somos libres y te apetece…

Lo dijo con naturalidad, pero había una ligera expectación en su mirada.

Me sorprendí, pero también sentí una pequeña alegría que no intenté ocultar.

-Sí, me apetece.

Fernando sonrió, esta vez, más ampliamente. Tenía una sonrisa preciosa.

-Entonces a las nueve. Hay un sitio tranquilo cerca.

Asentí, con una mezcla de calma y nervios al mismo tiempo.

Y mientras salíamos de la cafetería, nos dimos los teléfonos y las direcciones, incluso las del trabajo. Confiaba en él.

Caminamos juntos hacía el edificio, tuve la sensación de que algo flotaba entre nosotros suavemente, son prisas, como una historia que aún no sabía hacía donde iba… pero que quería seguir.

Quedamos en el lugar que me indicó a las nueve, así que como estaba cerca, me fui a casa a ducharme y a arreglarme y el también.

8

Al final, no vivíamos muy lejos. Fernando tenía un piso cerca de los juzgados y del bufete para el que trabajaba, en una calle tranquila, con árboles altos que dejaban caer las primeras hojas de la estación más triste.

Yo iba a mi trabajo en coche en un cuarto de hora. Dependía del tráfico, claro. Siempre salía media hora antes. No me importaba porque prefería vivir en el centro.

Fernando llegó a la cena cinco minutos antes que yo. Iba vestido elegante, pero con ese aire informal de cuando no se está trabajando de abogado. Ese aire lo hacía más atractivo aún.: pantalón azul marino, camisa blanca ligeramente abierta, sin corbata y americana gris claro. Los zapatos y el cinturón marrón, impecables y un reloj en la muñeca, no precisamente barato.

Algo que me gustaba de él, era que no fumaba. Yo no soporto el olor del tabaco. Tampoco era bebedor, eso se nota. Dos puntos a su favor más. Tenía un gesto particular y era meter la mano en el bolsillo, mientras miraba la puerta cada dos segundos por si llegaba.

Yo llegué después. Llevaba un vestido fresco de manga larga, color verde botella, suave, que se ajustaba a la cintura y caía recto hasta las rodillas. Encima una chaquetilla fina del mismo tono y unos zapatos negros de tacón bajo.

El pelo suelo, apenas recogido atrás por unas horquillas que me dejara la cara limpia.

Cuando me vio llegar, me sonrió con una mezcla de sorpresa y algo más… algo que parecía alegría sincera.

-Estás muy guapa- me dijo al acercarse y darme un beso en la cara.

- Gracias, tú también estás muy elegante- respondí notando ese pequeño nerviosismo que hacía tiempo no sentía.

Me puso la mano en la espalda, casi en la cintura para entrar. Como un caballero, con lo jóvenes que éramos.

Un pequeño gesto que me gustó.

El restaurante, era pequeño, cálido, con luz amarilla suave. Las mesas estaban vestidas con manteles blancos y caminos color burdeos. Había velas encendidas y un murmullo tranquilo de conversaciones alrededor. Todo daba un aire íntimo al lugar.

Nos sentamos frente a frente en una mesa que había reservado previamente.

Un camarero nos trajo primero una copa de vino tinto, un Rioja suave, que Fernando pidió sin consultar, como si quisiera cuidar cada detalle.

-Para empezar bien- dijo levantando ligeramente la copa.

Brindamos.

Pedimos unos entrantes para compartir: jamón ibérico cortado fino, que casi se transparentaba sobre el plato. Queso curado, con un pequeño cuenco de membrillo y unas croquetas caseras, calientes, que al abrirlas dejaban escapar un cierto vapor.

Hablamos despacio, sin prisas, de su trabajo, el caso que ahora llevaba, de los casos que a veces le preocupaban. De mis alumnos, de la vida que apenas pasaba sin darnos cuenta.

Luego llegó el plato principal.

Fernando, pidió solomillo al punto, con patatas pequeñas doradas y una salsa ligera de pimienta. Yo pedí merluza a la plancha con verduras salteadas y un chorrito de aceite de oliva.

Seguíamos hablando, pero a veces nos quedábamos mirándonos, en silencio, como si ese silencio también fuera conversación.

Después compartimos un postre.

Tarta cremosa de queso con mermelada de frutos rojos.

-Compartimos- dijo él. Y yo asentí. Y la tarta llegó con dos cucharas. Y en algún momento, sin darnos cuenta, nuestras manos se rozaron la cogerlas. No retiramos las manos enseguida.

Afuera, la noche era tranquila. Dentro, el tiempo parecía haberse detenido un poco.

Y yo, pensé sin decirlo, que aquella cena, no era una cena cualquiera, ni él tampoco era un hombre o chico cualquiera como el resto de nuestra edad. Era formal. Y tenía ese aire de los chicos que vienen de familias adineradas. Sin embargo, él me miraba con la misma suavidad con la que sostenía la copa.

La noche no terminó al salir del restaurante. Él pagó como si no se notara. Miró la hora y me miró a mí, con esa duda que nace cuando uno no quiere que algo bueno acabe.

-¿Te apetece tomar una copa o un café?. Hay una terraza cerca, es tranquila- y dije que sí, tampoco quería que la noche se acabara. No iba a tener sexo con él esa noche, estaba segura, pero no quería irme. De hecho no había tenido sexo desde Jaime. Pero ese era mi secreto.

Caminamos despacio, sin prisa, como si los dos, quisiéramos alargar cada minuto. La noche era templada, con ese aire suave de otoño que no obliga a abrigarse demasiado, pero que invita a acercarse un poco más.

Subimos a la terraza. Era un lugar bonito y elegante, con farolas bajas de luz blanca tenue y pequeñas mesas alrededor, sillones bajos de madera tapizados como sofás, de colores verdes con hojas como de selva. Desde allí, se veían los tejados, las farolas encendidas, la gran luna llena, la Giralda, la Catedral y la Torre del Oro sobre el rio. Preciosa vista, maravillosa, si quería sorprenderme, desde luego que lo hizo.

Nos sentamos uno junto a otro, esta vez, ya no de frente.

Fernando pidió un gym tonic y yo sólo tónica con limón.

Hablamos en voz baja, de cosas pequeñas, de recuerdos. De cómo sin esperarlo aquella noche, nos habíamos encontrado. Las casualidades existen- decía.

En un momento el viento movió ligeramente mi pelo y él, con un gesto natural, apartó el mechón de mi cara. Sus dedos rozaron mis mejillas y allí se quedó más de lo debido. Nos miramos. No hizo falta decir nada. Ambos

quisimos. Todo me parecía lento y silencioso, hasta cuando se acercó un poco más a mi boca y no me aparté.

El beso fue suave, sin prisa, casi tímido al principio, como si los dos quisiéramos asegurarnos de que era real. Después un poco más largo, más cálido. Su lengua jugaba con la mía y gemimos. Fue sensual, erótico, con deseo.

Cuando nos separamos, seguíamos muy cerca.

-Me alegro mucho de esta noche- dijo en voz baja en mis labios.

Sonreí nerviosa. Creo que me temblaban los labios.

Nos besamos de nuevo, una y otra vez. Me cogía la cintura y yo su cuello. Y al final, nos quedamos allí, sentados juntos, mi cabeza en su hombro, con la luna sobre nosotros, las copas a medio terminar y esa sensación tranquila y nueva que la paz. Una paz que me daba con un hombre por segunda vez en mi vida. Y lo recordé , ¿Por qué lo recordaba una y otra vez? Estaba entre nosotros y éramos tres.

Me acompañó a la puerta de casa, al portal del edificio. La calle estaba tranquila, con esa calma suave de las noches que parecen quedarse suspendidas. Nos miramos un instante, sin prisas, como si ninguno quisiera moverse y romper la magia del momento.

-Buenas noches- dijo él.

-Buenas noches- respondí.

Pero ninguno nos movimos.

Entonces, se acercó despacio y me rodeó son sus brazos y me besó de nuevo. Fue un besó cálido, largo, de los que no necesitan palabras porque no suenan a despedida.

Me quedé unos segundos apoyada en su pecho, sintiendo su respiración tranquila, el olor de su colonia, le latido cercano. Y sintiendo su dureza en mi vientre.

-Te llamo- me dijo casi como una promesa. Y se fue.

Subí en el ascensor todavía con el corazón acelerado. Cuando cerré la puerta, me apoyé en ella y sonreí. Éste es- me dije- debe ser si me lo ha enviado Jaime.

Y Fernando cumplió su palabra. Me llamaba todas las noches. Siempre él. Me sorprendía porque tenía mucho más trabajo que yo, bueno, un horario más extenso, porque mi vida era ir al gym cercano por las tardes y preparar las clases, corregir y tenía varios cursos. Y dejar preparada la comida para dos días, ya que estaba sola, una tarde limpiar y otra me llevaba la compra desde el gym. Me iba al super y hacía una compra semanal. También estaba ocupada. Escuchaba música, leía novelas o poesía para variar y alguna serie o película por las noches antes de dormir.

Pero claro, él tenía horarios largos, juicios, reuniones… Era penalista y su vida parecía llena de tensión y responsabilidad. En contra de lo tranquilo que parecía y controlado. Aún así me llamaba antes de dormir o cenar a diario. Y eso me alegraba el corazón.

A veces hablábamos diez minutos, otras casi una hora. De todo y de nada, de cómo había ido el día, de algún caso difícil, de mis clases, de libros, de recuerdos. Poco a poco, sin darnos cuenta, se fue haciendo necesario, lo esperaba tras la línea.

El fin de semana siguiente volvimos a salir. Quedamos el sábado al mediodía. Yo fui temprano al gym y recogí el piso e hice algo de comer..

La luz era clara, distinta a las de nuestra cita nocturna. Comimos juntos, nos besamos al vernos, paseamos, hablamos sin parar. Siempre hablábamos mucho, no había hoja en blanco entre nosotros, risas, nada incómodo, me tomaba el pelo cuando cogió confianza. Era un poco tonto, loco y divertido tras esa máscara de hombre tímido y serio. Y me encantaba.

Todo entre nosotros fluía con naturalidad.

Ese fin de semana lo pasamos prácticamente juntos.

Ese sábado, subimos a mi piso. Todo fue sin prisas, sin nervios, con una ternura que me sorprendió. Tenía miedo de lo que iba a pasar. Nunca me preguntó antes con cuántos hombres me había acostado, no importaba… ¿Y si era virgen?

Fue cercanía, me temblaba todo el cuerpo y él me abrazaba como si de verdad fuese virgen. Y no té que le gustaba porque supo que no había estado con muchos hombres. Y eso le importaba. Me acarició, me buscó, me besó, me chupó, los pezones duros, me acercó a su sexo duro, y tieso como un junco y en la penumbra me penetró despacio, lento, intenso, con miradas de deseo, al principio.

Supe dos cosas, una que no era virgen, que de verdad lo fui con Jaime y otra que si no era el primer hombre de mi vida, era el segundo.

Una vez que pasó dentro de mi, todo fue deseo desatado, gemidos en la noche, me mordía despacio los pezones mientas me penetraba duro y con empujones certeros, sabía qué hacia y lo hacía muy bien, y me animaba a tocarlo y a desearlo a correrme cuando me lo decía:

-Nena. te deseo. Córrete conmigo, no te aguanto más- y yo me corría sin dudarlo entre mis piernas. Apretadas y abiertas sobre su trasero.

Al acabar, sí que me salía el corazón por la boca. Fue maravilloso, pasional, encajar. Y no quise, no me permití comparar a dos adolescentes con dos de 25 y 28. Ahora esta ahí y sentía y vibraba y sobre todo vivía…

Esa noche se metió entre mis piernas y supe qué era sexo oral y supe de orgasmos inesperados, el primero de esa manera y supe como hacerle correrse de la misma manera que él me lo había hecho.

Le gustaba el sexo y a mi también y fue un punto de inflexión que nos unía. Me enseñaba y aprendía a satisfacerlo. Él sabía satisfacerme.

Cuando descansamos, en la madrugada, llenos, cansados, lasos. Me lo dijo:

-No has estado con muchos…

-No, solo con dos- y era cierto- ¿Se me nota?

-Me gusta, Carmen, me gusta mucho.

-Tú sí, y también se te nota.

-No tantas, pero sí más que tú, pero nunca he tenido una relación con ninguna.

-Yo tampoco- le contesté.

Que no tuviese relaciones largas me dio miedo porque quizá yo fuese una de paso también y me pregunté si no era un mujeriego. Y ese tipo de hombre, no lo quería en mi vida.

A la mañana siguiente, el domingo tuvimos sexo en la ducha, jugando y me puso de cara a los baldosines y me penetró desde atrás cogiéndome los pechos y las caderas y fue lujuria, un deseo irrefrenable hasta que saltamos por los aires. Después me dio la vuelta, nos besamos y aclaramos y nos vestimos.

Desayunamos fuera, todavía con la sensación de ese orgasmo que siempre tenía con él, cuando me tocaba.

Después de desayunar, fuimos andando de la mano a ver su piso. Era precioso, amplio, con muebles elegantes, pero sin ostentación. Tres dormitorios, un salón enorme, la cocina era grande también y bonita. Un gran despacho, dos baños , uno en el dormitorio principal, una terraza tranquila con vistas al rio. Era una planta séptima. Todo blanco nieve, y los muebles claros, me encantaba. Pero era caro, seguro pertenecía a alguien que tenía posibilidades. Todo estaba cuidado, ordenado, casi perfecto.

Y allí sentados en su salón, antes de ir a tapear y despedirnos hasta el siguiente fin de semana , según él, empezamos a hablar de nuestras familias.

Él era hijo único. De una familia importante de Sevilla, conocida, con peso social y económico. Hablaba de ello con naturalidad, sin orgullo exagerado, pero aquello me impresionó. Y no vi mi futuro con él. Estaba escrito. Nadie iba a querer una simple profesora de historia para su hijo. Y me dio miedo de verdad. Yo era simplemente sencilla y humilde. Mis padres de campo, la casa de mis padres en el pueblo normales, aunque yo me hubiese educado bien, porque me lo gané a pulso, con becas y trabajando.

Pensé si encajaría en su mundo, si su familia en casi de seguir saliendo o formar pareja, me aceptaría, si nuestras vidas, no eran demasiado distintas.

Le pregunté si tenía alquilado el piso.

-No, me lo regalaron mis padres y el coche también. Está pagado.

-¿En serio?

-En serio, ¿no te gustan los ricos?- me dijo la primera pregunta que no me gusto.

-No miro a la gente por el dinero Fernando.

-Lo sé nena, por eso me gustas tanto. Ven aquí era una broma. Y allí en el sofá me puso encima de él y estrenamos su piso con un orgasmo grandioso.

-Venga, no pasa nada porque tenga un piso y un coche a los 28 años, soy hijo único.

Me miraba con una cercanía tan sincera, que ese miedo no consiguió detenerme.

Lo deba ser, será-me dije.

Después de estar con él, no podía dejarlo. Y seguimos saliendo.

Las semanas fueron pasando. Las llamadas cada noche, las cenas, los paseos, el sexo intenso todos los fines de semana, descubriendo nuestros cuerpos, el pasarlo juntos salvo cuando tenía un juicio, me hacía irme a su piso y allí, yo repasaba las clases, o leía.

-Te voy a hacer un hueco en el despacho y te voy a comprar uno, me decía riéndose.

-El sofá me viene bien.

-¿Sí?

-Si…

-Eres una pervertida.

-No lo he dicho por eso, ay dios, y me tocaba y ahí empezábamos mientras hacía una pausa.

-Loco que no era por … y me tocaba y enseguida estaba húmeda.

-¿Qué decías?

-¡Ah dios Fernando!, te deseo.

-Lo sé mira cómo estás y cómo estoy… y estábamos hasta corrernos como locos.

Y así nos fuimos acercando más, como se acercaba la Navidad. Sin darnos cuenta.

Yo tenía más vacaciones y quise irme unos días a casa de mis padres, pasar el 24 con ellos, porque él el 24 cenaba en casa de sus padres. Y volver el 27 después de comer. Les dije para preparar clases. Y porque hasta el día 7 de enero no tenía clases y quería pasar con él el fin de año que decidimos pasarlo juntos, porque sus padres se iban a Chiclana, a la paya, con unos amigos, donde tenían una casa.

Ya llevábamos tres meses saliendo.

Las vacaciones de Navidad, llegaron casi sin darme cuenta. Fernando trabajaba excepto algunos días festivos , todos, yo no. Y como ya le había dicho me fui a Jaén, al pueblo a pasar la Nochebuena y Navidad con mis padres, como él la celebraría con los suyos. Mis padres ya no iban a la aceituna y yo pasaba con ellos la mayor parte del tiempo. Mi hermana Paqui se había casado y tenía ya dos hijos. Vivía en Almería, pero ese año, no vino en Navidad. El nene era muy pequeño y hacía mucho frio.

El instituto, cerró y yo tenía ganas de descansar la verdad. El trabajo agotaba aunque la gente lo considerara un buen trabajo, que lo era, pero lidiar con chavales a diario, cansaba la mente.

Llamé a Antonia para saber de ella, de vez en cuando nos llamábamos y le conté que salía con el chico de la biblioteca, Fernando. Le dije que lo encontré por casualidad y ella también salía con Berto, un profesor de Inglés de su instituto de Guadix. Nos alegramos mucho y quedamos en hacer planes alguna vez para vernos. Hice mi maleta, dejé el piso listo y me despedí esa noche de Fernando.

-Ya tengo ganas de que vuelvas nena y no te has ido… te echaré de menos.

-Pero si solo va a ser solo una semana y estaremos juntos en Fin de año.

La autovía me despejó, sentía a veces el aire en la cara, cuando abría la ventanilla, feliz, cada vez que iba al pueblo, sentía que llegaba a casa.

Paré a desayunar en Écija como siempre hacía, echaba gasolina y seguí el camino. Iba tranquila y despacio.

Y llegué a casa, alegre contenta, dichosa. Tenía ganas de ver a mis padres. Esa noche, les conté todo, que salía con un abogado, que ya vería cómo nos iba.

Al día siguiente, quedé con Rosa una tarde cuando me enteré de que había ido esa Navidad al pueblo.

Desde que se fue Ibiza a trabajar, no había vuelto a la Universidad y habíamos perdido el contacto. Cuando nos vimos, nos abrazamos y nos reímos. Nos fuimos al bar a tomar unas tapas. Fuimos andando y seguía teniendo esa forma de andar decidida, pero estaba más morena, mas segura, como si la vida le hubiera dado otro aire.

-¡No me lo puedo creer!- dijo al abrazarme- Estás igual…bueno, no, estas mejor.

Nos sentamos junto a la ventana. Afuera, la gente pasaba cargada con bolsas. Bufandas, niños excitados por la Navidad.

-¿Y tú?- le pregunté- Ibiza…

-Trabajando sin parar. Verano tras verano… y luego me quedé. Pero cuéntame tú, que tengo la sensación de que han pasado muchas cosas.

Le hable del Instituto, del piso, de la rutina y entonces salió el nombre de Fernando.

-¿Fernando?- repitió- ¿Y cuánto llevas con él?

-Tres meses- le dije.

Rosa, levantó las cejas, sorprendida.

-¿Y qué tal?

Sonreí, pero dudé un segundo.

-Bien… muy bien. Nos vemos mucho, todos los fines de semana y me llama a diario. Como es abogado, tiene mucho trabajo.

Ella, me miró con atención.

-¿Y sus padres? ¿Los has conocido?

Negué con la cabeza.

-No…

-¿En tres meses?

Sentí al decirlo en voz alta algo extraño. Hasta ese momento le había dado demasiada importancia, pero al oírlo así, sonaba distinto.

-No… y tampoco me ha hablado mucho de ellos- añadí. Vive solo, trabaja muchísimo… siempre estamos entre su casa y la mía.

-Rosa apoyó los codos en la mesa. Es raro… no malo. Cuando alguien está ilusionado, normalmente quiere presentarte a su mundo.

Me quedé callada. No porque me preocupara, sino porque, por primera vez, me lo estaba planteando.

Para cambiar de tema, ella sonrió.

-¿Y antes de Fernando? Porque contigo siempre hay historia.

Me reí.

-Antes Jaime.

-¿Jaime?- dijo frunciendo el ceño- No me suena.

Entonces se lo conté todo. Desde el castillo, el encuentro, la intensidad de aquellos días, la despedida, cómo nunca dejé de pensar en él, ni me acosté con nadie, cómo había sido algo distinto a todo.

Rosa, me escuchaba sin interrumpir, con los ojos muy abiertos.

-¿Estás hablando en serio?- dijo finalmente- Parece una historia de otra época…

- Lo sé… pero fue así.

- ¿Y no volviste a verlo?

Negué lentamente.

Fui a diario Rosa y no lo encontré, la torre estaba intacta, tal como la encontramos, y ya nunca fue igual con nadie hasta que lo conocí. Murió allí en la batalla en Atarfe.

Lo más cercano que he encontrado fue a Fernando y tengo miedo.

-¿Por qué mujer?

-Porque es rico y es hijo único. Y si no me ha presentado a sus padres, es por algo, como tú piensas.

Rosa, se quedó en silencio unos segundos.

-Ahora entiendo muchas cosas- dijo suavemente- entiendo por qué hablas de Fernando con cariño… pero sin esa luz.

No supe qué contestar. Afuera, empezaban a encenderse las luces de la tarde. La Navidad seguía su curso, la gente caminaba deprisa y nosotras, después de tantos años, volvíamos a compartir confidencias como si el tiempo no hubiera pasado.

-Bueno- dijo Rosa sonriendo- De todas formas, tres meses, aún hay tiempo, peor yo, si fuera tú observaría.

Asentí despacio.

-¿Vas a ir estos días a la torre?

-Como siempre.

-Voy contigo. Vamos por la noche con las linternas.

-¿Mañana?

-Mañana paso por tu casa y vamos.

Ir con ella me daba paz y acompañamiento. Ella me creía, era mi mejor amiga.

Y mientras hablábamos de otras cosas, sentí algo nuevo. No inquietud, sino una pequeña pregunta que, hasta ese momento, no me había hecho.

Los días siguiente fuimos a la torre por la mañana en vez de por la noche, porque decía que por la noche con la gente de la aceituna y las linternas podía verse la luz.

La puerta no había cambiado nada, todo estaba igual, la tabla más rota aún y entramos todos los días y nada. Nos asomábamos por el boquete y allí no había nada.

-Venga- me decía Rosa, si murió no puede venir de todas formas, no te pongas triste mujer, ahora tienes a tu Fernando.

-Sí, la verdad, me voy mañana. Vamos a pasar el fin de año juntos.

-Yo me voy el dos que trabajo en Reyes.

Nos despedimos emocionadas. Esa noche no bajé como dos o tres de la semana, quería estar el máximo tiempo con mis padres y pasear por la mañana un rato con mi padre, al que le contaba todo. Con mi madre hablaba más en la siesta y después de la siesta en que mi padre despertaba, nos comíamos unos mantecados con una copita de anís y mi padre disfrutaba. Estaba orgulloso de mí. Era su favorita.

Y si entraba alguien a la casa de puertas abiertas, se tomaba otra copita y un mantecado. Era habitual y lo normal en Navidad en las casas. En cuanto entrabas, ya te preguntaba si querías sentarte un ratico y si querías algo. Eso me encantaba de la gente de mi pueblo. En Jaén somos así. Y merece la pena mantener esa costumbre.

9

Cuando me fui, los abracé fuerte. Ya mi madre me cargó el maletero de aceite y comida y gel y colonia y champús de Avon, que vendía. Todo le parecía poco, hasta verduras, mantecados, bombones…

-Mama, que no voy a poder comerme todo.

-Que sí, que te lo comas.

Hasta los tuper de albóndigas y puchero de las madres.

Cuando llegué, los llamé para decirles que había llegado bien y a Fernando también. Era 27 de Diciembre y era viernes. Y me dijo que vendría por la noche, que tenía ganas de verme.

Y yo a él. Lo había echado de menos y recordaba la cara de Rosa cuando le conté que había hecho el amor a los 14 con Jaime. No sé si me creyó, pero no me importaba.

Lo que quedaba de Navidad lo pasamos juntos, haciendo el amor, preparé comida en casa el 31 y salimos a comernos las uvas fuera. Fue una Navidad maravillosa. Me estaba

enamorando de Fernando.

Y de nuevo, todo, como por arte de magia siguió su curso y llegó la primavera días antes de Semana santa , en iba a ir a ver a mis padres un par de días, porque me gustaba verla en Sevilla, la Semana Santa, más bonita del mundo, me dijo que íbamos a ir a comer con sus padres a casa de ello y quería presentarme.

Ya era hora. Llevábamos casi siete meses saliendo y aún no los conocía. Y a la vez tenía miedo.

-¿Cómo me visto?

-De cóctel.

Y me dio risa, pero él no se rio.

Está bien- dije- me pondré un vestido bonito y una chaqueta. Me compraré algo, de todas formas tengo que comprarme ropa para Semana Santa. Mañana voy por la tarde.

Y fui de compras, y me compre ropa de primavera y verano. Me gasté una pasta, pero para ir a comer con sus padres me compre un vestido en una boutique cara, con todos los complementos, incluidos tacones y bolso y complementos. Blanco y negro, nunca fallaban.

Y llegó el día.

Vino a por mi. Vivían relativamente cerca, pero fuimos en su coche.

-¿Cómo estoy?

-Preciosa

-Gracias, tu también, te has puesto traje.

-Sí, ya sabes, no te preocupes, son un poco… están sus amigos, espero que no te importe.

-No, para nada- pero sí me importaba porque creía que esa comida era para presentarme a sus padres, no para que estuvieran sus amigos. Y menos lo que me encontré al llegar…

Fernando me había dicho simplemente después de siete meses:

-El domingo comemos con mis padres… quiero que te conozcan.

Lo que hablaran después entre ellos lo desconozco, peor me dio la impresión de que se había equivocado y la cosa ya no tenía remedio.

Cuando me lo dijo, lo dijo con naturalidad, besándome, con solemnidad cuando se ponía plan abogado, sin advertencias.

Yo interpreté este gesto como algo importante. Siete meses saliendo, llamadas cada noche, fines de semana juntos, pasar el fin de año y ahora legaba la Semana Santa… ya le valía. Era lógico que llegara ese día.

Llegamos ese domingo al piso, amplio, grande, luminoso en la misma avenida, con la fachada de piedra y una terraza maravillosa y grande que

parecía un pequeño jardincito. Muy cuidado todo, con esmero. Rocío, su madre, abrió la puerta.

-Fernando- hijo- dijo con una sonrisa más falta que Judas, una sonrisa estudiada- Pasa.

Me miro después, de arriba abajo. Primero estudió mi vestido, luego el bolso y finalmente los zapatos y eso que iba de estreno. Sonrió sin calidez y ahí me di cuenta de que no le gustaba.

-¿Y…?

Fernando respondió:

-Mamá, ella es… -dudó un segundo apenas- una amiga. Se llama Carmen.

¿Qué yo era una amiga? Noté un golpe de realidad seco dentro de mi.

-Encantada – dije tendiendo la mano. Sabía cómo lidiar si ocurría algo así, porque lo había pensado tras tantos largos meses de espera.

-Sí, claro, pasa- respondió la madre sin cogerme la mano inmediatamente, como si hubiera dudado si debía hacerlo.

Entramos al salón y allí estaba la puntilla…

Había un matrimonio ya sentado, el que me advirtió Fernando, muy elegantemente vestidos, y al lado estaba su hija Macu, Macarena, la que no me advirtió Fernando. Una joven alta y guapa, joven, muy bien arreglada, segura y cómoda, como si estuviera en su propia casa.

-Fernando, mira quien ha venido de Londres para quedarse- dijo Rocío con entusiasmo verdadero por primera vez, Macarena.

La supuesta hija de los señores García, los farmacéuticos por lo que después supe.

Fernando se tensó apenas.

-Hola – dijo…

Macarena se levantó con una sonrisa amplia.

Fernando…¡cuánto tiempo!- le dio dos besos lentos en las mejillas, con familiaridad, demasiado cerca de la boca, me pareció.

Yo, permanecía a un lado invisible mientras todos se saludaban, o saludaban a Fernando.

Y su madre me presentó:

-Ah… - continuó Rocío- y ella es una amiga de Fernando.

Una amiga de nuevo y él no negaba nada. La palabra amiga quedó suspendida en el aire como una etiqueta fría.

-Encantada- dijo Macarena, mirándome con una sonrisa educada, pero distante- ¿de dónde os conocéis?

-De…- empecé. Iba a decir de la biblioteca, no tengo por qué mentir.

Fernando respondió antes.

-Vivimos cerca.

-Ah- dijo ella- vecinos entonces.

-Sí- respondí.

La madre de Macarena intervino.

-Fernando siempre ha tenido muchas amistades, ¿verdad Rocío?

-Sí, Fernando es muy sociable- respondió la madre mirándome de nuevo con esa media sonrisa.

Nos sentamos a la mesa. Macarena se sentó junto a Fernando, la madre lo hizo al otro lado. A mí me colocaron frente a ellos, junto al padre, Pedro, que apenas hablaba. Macarena no paraba de hacerlo bajito con Fernando y éste a veces, sonreía.

A esas alturas, yo ya tenía ganas de irme, los nervios a flor de piel y la humillación en las venas corriendo por todo mi cuerpo en forma de sangre alterada y no precisamente por la primavera.

Macarena por lo visto iba a trabajar en la gran farmacia, según supe, con sus padres. Cómo no, una gran farmacia en el centro.

-Sí, respondió Macarena. Hay mucho trabajo, pero merecerá la pena.

-Y muy bien situada- añadió el padre de Macarena orgulloso. Fernando la conoce perfectamente. Mi hija ha estudiado farmacia en Londres y ha trabajado allí tres años- me dijo- por eso sabe inglés perfectamente.

-Sí, claro, dije incómoda.

-Desde pequeños- continuo Rocío- han hecho muy buena pareja.

No hacía falta que esa señora me lo dijera, lo había hecho aposta, para decirme a mí o a otra cualquiera que a él ya le tenían pareja. Y yo no sabía si esto lo sabía Fernando o no, porque eso cambiaba nuestra historia de siete meses.

Silencio

Sentí subirme el calor a la cara.

Macarena sonrió, bajó los ojos con modestia ensayada.

-Bueno, también éramos vecinos- dijo.

-Y de familias muy parecidas- añadió Rocío- eso siempre ayuda.

Me miro al decirlo.

-¿Y tu?- preguntó Macarena- ¿A que te dedicas?

-Soy Profesora de Historia en un colegio privado.

-¡ Ah. Qué bien! interrumpió Rocío- siempre es bonito enseñar.

Ese “bonito”, sonó a poco, a pequeño, casi infantil.

-Es un colegio público- preguntó la madre de macarena que no se había enterado.

-No señora, es privado, chicos ricos, con uniforme.

-¡Ah!- dijo Rocío- claro…

Y no añadió nada más.

Fernando intentó intervenir.

-Es profesora de historia…muy buena.

-Fernando prueba la carne- interrumpió su madre- está como te gusta, tierna.

Macarena le sirvió.

-¿Quieres más salsa- le preguntó inclinándose hacía él enseñándole hasta los pezones del escote que llevaba.

-No, gracias.

-Siempre has sido igual- sonrió ella- nunca cambias.

-¿Sabes Carmen que fue mi primer amor?

-No, no lo sabía, somos amigos, no nos contamos intimidades de ese tipo. Y lo mire con ojos irritados.

-Soñábamos con casarnos algún día, quizá…

Rocío observó satisfecha

Macarena cocina muy bien. Comentó- Además de llevar la farmacia.

A esas alturas yo tenía ganas de llorar, irme a mi casa, quitarme ese maldito vestido y mandar a Fernando al carajo.

-Sí, mi madre me enseñó. ¿Tú sabes cocinar Carmen?

-Sé hacer de todo. Nací en una familia humilde en un pequeño pueblo de Jaén, así que sí, hago comida, limpio, leo, doy clases y hago tartas buenísimas- salió así.

-Eso es importante- añadió Rocío- hoy en día, las chicas no saben llevar una casa.

Me miró.

-Yo llevo la mía, Rocío, sin chica que me haga nada- y Fernando me miró mal, que se jodiera- vivo sola desde hace años.

-¡Ah! -respondió Rocío arqueando las cejas- eso también tiene su mérito.

Pero el tono no era de elogio.

-No cuando se viene de clase baja como usted y como yo- tiene su mérito llegar donde llegamos y algunas estudiando.

Rocío, se puso roja de ira. Fernando guardaba silencio, apenas me miraba, el resto, se quedó con la boca abierta, menos Pedro, me pareció haberle visto sonreír.

El postre llegó en ese instante, cortando la conversación. Una tarta casera.

-La ha hecho Macarena- anunció Rocío orgullosa.

-Tiene muy buena mano- dijo el padre.

-Fernando siempre repetía cuando venía a casa.

-Sí… - dijo él incómodo.

Se acabó por mi parte. Hasta los ovarios estaba de esa pantomima. Me levanté y con una excusa educada, miré el reloj para dar más énfasis a irme y dije.

-Lo siento, tengo una cita, he de dejarlos, encantada.

-Te acompaño- dijo Fernando.

-No te preocupes, voy sola, está cerca. Ya nos veremos. Encantada de conocerlos.

-Bueno a la puerta- dijo él y se levantó.

-Lo siento Carmen, luego voy.

-Hoy, ni se te ocurra- y cerré la puerta.

Yo, no sé si tomaron café, pero yo me quedé tranquila respirando la primavera con olor a azahar en una terraza de la avenida. Donde nos vimos por casualidad la primera vez. Pedí una tila doble y me puse las gafas de sol y lloré…

Nunca me había sentido tan humillada. Macarena era la mujer que habían elegido para Fernando y yo lo que había hecho era perder siete meses de mi vida con un cobarde que no me defendió ni me dio mi lugar. Y yo estaba enamorada de ese mequetrefe y debía sacarlo de mi vida. Tenía 28 años.

Cuando lo olvidase 29 y maldito el día que me topé con él. Dicen que eso es aprender. Eso no quería aprenderlo, pero debía cortar con ese capullo insolente. De sobra sabía por amistades y por mi misma hermana que se sufría por la familia y yo no iba a ser de esas. Ni loca. Tenía mi piso, me compraría uno al año siguiente y no volvería a cometer el mismo error con un hombre.

Cuando llegué a mi casa aquella noche, lloré en silencio, con una tristeza profunda que parecía no tener fin. Sentada en el borde de la cama, con la luz tenue de la mesilla, comprendí algo que llevaba horas intentando negar: todo había terminado entre Fernando y ella. Por esa razón no me los había presentado antes, su madre no me aceptaría nunca, como si ella que había sido camarera, estuviera en posición de elegir por haberse casado con un rico.

No había sido una reunión cualquiera, ni un malentendido pasajero. Había sido algo más profundo, más definitivo, más humillante. Sus padres no me aceptaban y lo peor no era eso… lo peor es que Fernando me había presentado como una amiga, no como lo que era, y no estaba dispuesto a desobedecerlos.

Y yo lo supe. Lo supe en su manera de callar en la comida, en su mirada incómoda al presentarme como una amiga, en la frialdad con la que su madre me miraba en cada gesto, en cada palabra.

Aquella noche, lloré sin hacer ruido, mi vida se desmoronaba como si nadie supiera que mi corazón se estaba rompiendo por segunda vez.

El teléfono sonó tarde.

Era Fernando.

-Carmen- su voz sonaba cansada, insegura- Perdóname, sé que hoy todo ha sido horrible. Mi madre está equivocada. Yo la quiero convencer. Yo te quiero…

Escuché en silencio y cada palabra me dolía más que la anterior

-Dame un poco de tiempo- me decía él- Ya verás como todo se arregla…

Pero yo lo sabía. No era cuestión de tiempo era cuestión de decisión. Y Fernando no estaba eligiéndome a mí, sino a su madre y por ende a Macu.

-No Fernando- dije al fin con voz temblorosa pero firme- no quiero que me defiendas mañana ni dentro de un mes. Tenías que haberlo hecho hoy.

Hubo un largo silencio.

-No digas eso- susurró él…

-Sí, porque hoy he visto, quién soy para ti.

No discutimos más. No esa noche. colgué con palabras suaves, pero con una distancia que ya parecía imposible de salvar entre nosotros.

No me llamó esa semana.

El sábado siguiente vino a mi casa por la mañana y salimos a tomar un café en el mismo sitio donde siempre desayunábamos, donde tantos momentos pasamos, reímos y hablamos. Pero esta vez, era distinto, silencioso. El aire parecía más frio a pesar de la primavera y nuestras miradas ya no encontraban refugio.

Me dio la impresión de que él quería que yo acabara lo nuestro y así quedar él bien, compungido, triste.

Hablamos, al principio con calma, luego con dolor, al menos yo y después con reproches.

-No entiendes la situación- decía Fernando- mi madre es así, necesito tiempo.

-No Fernando- respondí- no es tu madre, eres tú.

Él negó con la cabeza nervioso.

-No puedo enfrentarme así a ella, compréndelo Carmen.

Lo miré con los ojos brillantes, pero serenos, ya tuve la semana para hacerme a la idea aunque dolía.

-Y yo no puedo estar con un hombre que no es capaz de defenderme.

Fernando guardó silencio. No tenía repuestas.

Respiré hondo, Sabía que aquél era el momento. Me levanté…

-Adiós Fernando. Ha sido bonito. Ya no.

Él levantó la vista, sorprendido, como si aún no creyera que aquello fuese a ocurrir.

-Carmen…

Pero yo ya estaba de pie dispuesta a irme.

-No te guardo rencor, pero no puedo luchar sola, ni quiero, ni quiero perder una hora más contigo para no tener un futuro contigo, porque ya te lo han planeado con Macu.

Lo miré por última vez. Ese hombre al que había querido, que aún quería, pero que había elegido no luchar por nuestro amor ni enfrentarse a su madre. Un hombre así no me quería, ni yo tampoco lo quería en mi vida, ni a él ni a toda su puñetera familia. Ni loca que estuviera.

Y me marche con dignidad.

Él se quedó sentado, inmóvil viendo como yo salía de la cafetería y desaparecía entre la gente de la mañana… Y de su vida para siempre.

Y ambos supimos que eso acaba ahí. Que no quería llamadas ni verlo más. Y así sucedió.

Lloré, lloré mucho en Semana Santa. Fui al pueblo y me quedé todas las vacaciones y le conté a mi padre lo sucedido con Fernando, en uno de los paseos para el campo.

-Hija, no, ese hombre no te conviene, ni te quiere. Y vas a sufrir un calvario con esa familia. Y no te has ido para ser infeliz. Ya se pasará, todo pasa y volverás a vivir tranquila, ya conocerás a algún buen muchacho. Pero con ese no vuelvas. Ese ya estará saliendo con la farmacéutica. Esas cosas pasan. Anda vamos a comernos un rosco y una torrija.

-¡Ay papa, te quiero!

-Y yo, y por eso te lo digo. Te quiero ver feliz.

Y yo me agarraba a su brazo. Era el mayor consuelo que tenía.

Ni que decir tiene que fui a las procesiones, salí con las amigas. Y cómo no, fui a la torre. Y como siempre, nada.

10

El tiempo pasó y con él Fernando pasó a la historia. Nunca lo vi más. Al principio su recuerdo me dolía, como duelen las heridas recientes. Después fue perdiendo fuerza, como una fotografía que se va descoloriendo con los años.

Me metí de lleno en mis alumnos y en el trabajo, me refugié, las clases, las reuniones de profesores, llenaban mis días. No quise saber nada de hombres por decisión propia. No tenía en ese tiempo ni ganas ni fuerzas para empezar nada de nuevo, nada que pudiera romperse otra vez.

Dos años más tarde, lo recordaba lejano, como si hubiera pertenecido a otra vida, a otra mujer que no era yo.

Con Jaime siempre lo fui. Su recuerdo me consolaba y me atormentaba a la vez.

Cuando pensaba en Fernando, por el contrario, ya lo imaginaba casado con Macu. Una casa grande ordenada, hijos pequeños corriendo por el pasillo, al menos uno, una señora para la casa, no se fuese a estropear las uñas, la madre de Fernando, Rocío, convertida en abuela orgullosa y Fernando, con esa sonrisa tranquila de quién había seguido el camino que otros eligieron por él.

Y yo, sentía algo extraño: no era dolor, ni celos… era una especie de nostalgia suave, como cuando se recuerda una historia que pudo ser y no fue.

Pero como por arte de magia, me encontré a una compañera suya de trabajo, María, dos años después tomando café en la avenida y nos saludamos y me invitó a sentarme.

Me preguntó qué había pasado con nosotros, tan enamorados y de golpe y porrazo se acabó. Y tomamos un café y se lo conté.

-No me lo puedo creer- su madre es y sigue siendo tremenda Carmen. Yo hubiese hecho lo que tú. Pues sí, se casó con Macu, la farmacéutica hace un año. Y adivina qué…

-¿Qué? dije casi sin importarme, pero por saberlo.

-Resulta que me he enterado de que ella no puede tener hijos.

-¿Eso es cierto?

-Como me llamo María- y la madre de Fernando está hecha una leona amargada. Y la mujer de Fernando tiene depresión. Están buscando métodos. A él parece no importarle nada, pero ella lo está pasando muy mal, quizá se divorcien. Fernando no la soporta.

Y así me enteré de que Fernando no era tan feliz, no me alegré en absoluto, pero me di cuenta de que la vida tiene caminos extraños. Y yo seguía el mío propio.

El tiempo sin embargo, siguió avanzando.

Mas tarde conocería a otros chicos.

Historias breves

Cuatro meses

Tres meses.

Un fin de semana que parecía prometedor y luego era solo silencio…

Y entre una historia y otra, me cansaba y tenía largos periodos de soledad y paz por elección propia, una vida tranquila, sin sobresaltos, pero con un nombre siempre presente en algún rincón de la memoria.

Jaime

Siempre Jaime.

No como una herida, sino como una presencia, como alguien que se había quedado detenido en le tiempo, intacto, sin errores, sin decepciones.

El chico de los ojos que parecían decirlo todo sin palabras.

El que nunca llego a ser… y por eso nunca dejo de ser.

Y cumplí 34 años. 20 después de hacer el amor con él. Veinte años habían pasado ya.

Veinte años de aquél verano, de las tardes interminables en que entramos en la torre, que vimos una batalla que no nos pertenecía en el tiempo, de momentos y aventura emocionante.

Y como cada año, en Navidad volví a pasarla con mis padres.

Y como cada vez que iba, volví a la torre.

1996.

El invierno había llegado temprano aquél año, el aire estaba frio, y el campo parecía más silencioso que nunca.

Caminé despacio como si cada paso me acercara no solo a un lugar, al de siempre conocido, sino a una parte de mí misma que nunca había abandonado.

Entré con mi linterna como siempre.

El interior olía a humedad, a piedra antigua, a recuerdos.

Apunté la luz a las paredes, recorriendo los mismo rincones de siempre, de cada vez que iba, de cada sueño y cada beso y caricia que se encontraban en la parte de abajo atesorados, y no podía bajar.

Entonces, todo se detuvo. Vi como todo se configuraba de nuevo, aparecieron las escaleras, las antorchas. Bajé corriendo por las escaleras con la linterna hacía el comedor, donde se oían voces. No estaba nadie que conociera. Ni el rey, ni los nobles de antes, ni el padre de Jaime. Eran otros, nobles seguro, ningún rey.

No me veían, nadie, ninguno.

Me dirigí aprisa a la puerta por donde salimos a la batalla, esperando encontrar algo, a alguien, a él, no sabía…

Toqué esa puerta con el corazón en un puño…

Si cruzaba esa puerta… quizá no volvería.

No tenía miedo.

Quizá quedara atrapada en su siglo, en el limbo, uno que no era el mío. Quizá lo encontrara, o quizá descubriría que todo había sido una mentira que inventé para sobrevivir en un mundo que no me gustaba.

Pero ya no tenía nada que perder. Salvo la duda. Y la duda, pesa más que cualquier vida.

Y la abrí…

Y solo encontré campo baldío, ninguna batalla, campesinos de un lado a otro que no me veían, tiendas de campaña cristianas. Una vida normal de una época que ahora no sabía, pero que podía ser veinte años después o quizá otra de la edad media. Miré, mire bien, lloré. Nunca lo iba a encontrar. Y cerré la puerta para siempre. Salí de allí por las escaleras nuevas y cuando llegué arriba, todo había desaparecido.

No volvería más. Sabía que era la última vez.

Y tras las Navidades y mi decepcionante vida, me daba pena de mi misma.

Y volví a Sevilla con el convencimiento de cerrar el circulo y vivir mi vida.

Pero la vida no es así de fácil.

Unos meses después, ya casi pasada la primavera me fui un fin de semana a la playa, a pasar el sábado, como hacía a veces. Aparqué mi coche cerca del hotel al final de la playa y cogí mi bolsa con la toalla, una esterilla, el móvil, un pequeño monedero con el carnet, un libro para leer y dinero en metálico. No me gustaba llevar tarjetas.

El bikini con un vestido lo llevaba puesto junto con las chanchas y las gafas de sol que no me faltaran. Las zapatillas para conducir las dejaba en el coche. Llevaba una neverita blanca de corcho, con dos botellitas de agua, dos refrescos, una bolsa de patatas y un bocadillo de salchichón y una bolsa de hielo pequeña que cubría las latas y el agua y mi sombrilla. El bolso lo llevaba en el hombro y en las manos la sombrilla en una y en otra la pequeña neverita.

Me acomodé en uno de los lugares donde siempre solía ponerme. Planté mi sombrilla, la sombrilla y la toalla y lo demás, lo puse bajo la sombrilla a la sombra. Nunca llevaba protector, me salían manchas en la piel, sin embargo

cuando llegaba a casa y me duchaba, si me echaba crema protectora para que la piel no se resecara o aceite de niños para suavizarme la piel.

Con la toalla enrollada haciéndome de almohada, me puse a leer. Aún no había mucha gente. Yo solía irme temprano, comer sobre las una y venirme a Sevilla. Ducharme y tomar le café en casa con la siesta correspondiente. No aguantaba el sol del mediodía, así que a las nueve ya estaba allí y a la hora que la gente venía y la playa se llenaba casi que me iba al rato.

Hacía un buen día, deje el libro y me puse al sol hasta que apretara.

No había mucha gente, lejos, aquí y allá unos cuantos.

En ese momento vi venir a cuatro chicos corriendo por la playa, con pantalones de bañador y unas medallas colgadas en el cuello, imaginé que eran militares, ese tipo de medallas verticales con números era de eso.

Iban riendo, no eran tan jóvenes, de la edad de Fernando o mía, no sé, buenos cuerpos y pelo muy corto. Definitivamente militares que habían ido a un día de playa.

Se daban empujones y al pasar junto a mí, le dieron un empujón a uno y cayó casi encima de mi… su boca casi en mi sexo y pequé un respingo y él igual. El resto rio y siguieron corriendo.

-Perdone señorita- se levantó como un resorte.

-No importa- he visto que lo han empujado.

Cuando levantó la cara y lo mire, casi me desmayo, era Jaime, con el pelo corto, y muchos más años, si yo tenía 32 él 34.

-Jaime…

-Sí, me llamo Jaime, ¿cómo lo sabe?

-No lo sabia, te pareces mucho a… una persona que conocí de joven.

Me dio la mano y su voz y acento eran castellanos. Era él, sin duda, yo lo sabía.

-Jaime de Luna.- espero que el apellido no sea el mismo.

-Lo es, lo siento.

-Carmen Sánchez.

-Estará de broma ¿no? Si quiere ligar… estoy soltero. Y encantado de conocerla.

-No es eso, no… ¿nació en Cañete Cuenca?

-Esto ya me… se sentó a en mi esterilla ¿Cómo sabe todo eso de mí?

-No importa, si tiene 34 años…

-¿Es médium, adivina. ¿O nos conocimos alguna vez?

-Nos conocimos alguna vez, sí. ¿Es militar?- le dije.

-Dímelo tú, ya que sabes tanto de mí.

-No lo sé. Cuando te conocí eras un caballero.

-Lo sigo siendo. No he cambiado. Bueno ¿y tú qué?

-Estoy soltera también, soy profesora de Historia y vivo en Sevilla.

-Yo en Morón. Sargento. Vivo en la base, pero quiero comprarme algo en Sevilla. Aunque tenga que madrugar, ir y venir.

-Yo vivo de alquiler, pero quiero comprarme un piso, estoy mirando. ¿Está destinado a la base?

-Sí señorita y usted no es de Sevilla.

-No, soy de Jaén, pero llevo años aquí, estudié aquí, aquí, bueno, en Sevilla trabajo.

-¿Y tú cómo has llegado aquí?

-Me gusta el sur. Y las andaluzas- y sonreí.

-Seguro que tienes suerte.

-Soy formal aquí donde me ves.

-¿Y qué haces en Moron?

-Voy a la guerra.

-En serio a Irak y eso…

-Y a Irak fui nada más entrar. Ahora soy sargento y tengo un grupo.

-¿Los que vuelven?

-Parte, son doce. Hoy hemos venido a hacer algo de ejercicio y a pasar el día. ¿Y tú?

-Me voy sobre las una, no aguanto el calor.

-¿Vienes sola?

-Sí, vengo sola.

-¿Me aceptas la mañana contigo?

-¿Y tus compañeros?

-Son mayores ya, saben apañárselas solitos. Además, he venido en mi coche. Me quedo esta noche en Sevilla y ellos no.

-¿Te quedas en un hotel?

-Exacto.

-Bueno, no me importa charlar contigo.

-Espera ahora vengo, voy a por mi toalla y la nevera.

-Por dios qué bueno estaba. Jaime de Luna. Aquí estás y eres mío. Lo dijiste, que era tuya y lo seré para toda la eternidad.

Conforme lo veía andar, mi corazón salpicaba de felicidad. Pero no me reconocía. No me importaba, ese hombre seria mío. Me lo dijo. Y tenía que cumplir su palabra, que lo había buscado 20 años.

Conforme venía andando por la orilla, me encantaba, tenía ganas de hacerle el amor.

Puso su sombrilla al lado de la mía y ajustó la mía. Puso su neverita al lado y se tumbó a mi lado en la toalla.

-Bueno. Preciosa, dime cómo nos conocimos.

-En 1431- y él se rio con ganas.

-¿Todos esos siglos? Con razón no me acuerdo.

-Muy gracioso. Teníamos 14 años, en mi pueblo.

-Nunca he estado en Jaén mujer. Además te recordaría.

-Está bien. Dejemos eso.

-Cuéntame anda.

-¿Qué te cuento?- le dije.

-Tu vida.

Y le conté a grandes rasgos.

-¡Qué imbécil ese Fernando!. Yo no te hubiese dejado nunca.

-Seguramente no ¿Y la tuya?

-Vengo de la nobleza castellana. ¿Te suena Álvaro de Luna?

-Sí, el condestable de Juan II-.

-¿Cómo sabes?… claro eres de historia.. pues de ahí vengo.

-¿A qué se dedican tus padres?

-Tienen un restaurante en Cañete. Castellano, bonito y caro. Allí trabaja mi hermana María y Pedro. ¿Tú tienes una solo?

-Sí, Paqui, está casada ¿y los tuyos?

-Los dos, falto yo, ¿te quieres casar conmigo?

-Claro, me falta el anillo, me lo debes desde 1431- y nos reímos.

-Eres muy graciosa.

-Me lo has pedido, me lo debes desde hace siglos.

-¿Cuántas veces te has enamorado?

-Dos, una a los catorce y de Fernando.

-¿Cómo se llamaba el primero?

-Jaime.

-¿En serio?

-Muy en serio ¿y tú?

-Una vez tan solo, el resto no tiene importancia. Se llamaba Eleonor.

-¿Y qué pasó?

-Me puso los cuernos y pedí traslado a Morón. Ojos que no ven…

Me miró…

-Eres muy guapa.

-Gracias, tú muy atractivo.

-Entonces estudiaste historia…

-Sí, me encanta, la geografía menos. Pero es lo que hay ¿y tú?

-Ingeniería de telecomunicaciones.

-¿Entonces te vas temprano?

-Sí, cuando coma.

-Me voy contigo, me invitas a café, pero yo lo pago, soy un caballero.

-Al lado de mi casa hay una cafetería.

-Perfecto.

-¿Dónde te quedas?

-En un hostal al lado de la estación plaza de armas. Está muy bien. ¿Salimos esta noche?

-Sí, por qué no.

-Bien, luego quedamos. Ahora al agua.

Y me cogió en brazos…

-¡Ay Jaime, loco!- grité

-Al agua mujer, que si no, no nos bañamos. Si eres muy pequeña, chiquita y no pesas nada.

Y entramos al agua y me tiró. Y nadamos y jugamos y reímos en el agua.

Salimos media hora después. Tenía los dedos arrugados.

-Se te notan los pezones.

-Calla por dios, que me pones colorada. No tienes vergüenza.

-Contigo no, es como si te conociera de toda la vida. Como si de verdad…

-¿Qué pasa?- dije cuando se quedó un poco serio.

-Nada. Toma- dijo dándome la toalla y secándome.

A la vez me abrazó y lo sentí, sentí al adolescente hecho hombre, el olor de su piel que a veces me venía, era él por dios. Lo había encontrado. Pero no quería que me tomase por ir tras él.

-Tengo la sensación de que te conozco, de que hemos estado… ya sabes. Pero no te recuerdo.

Pasamos una mañana estupenda que se me hizo corta, nos bañamos dos veces más comimos, los bocadillos, patatas y me dijo que le diera mi dirección para aparcar el coche.

Me acompañó al mío cuando nos fuimos y al llegar a Sevilla aparcó su coche a lado del mío.

Nos fuimos a tomar un café y allí estuvimos un buen rato.

Luego le dije el número de mi piso y pasaría a las ocho a recogerme.

Cuando entré en casa, salté de alegría, lo había encontrado, pero me daba miedo, lo pensé un momento, si iba a la guerra alguna vez y no volvía…

-¡Ay dios!…

Y no me recordaba y no debía hacerme ilusiones, pero quería, quería decirle lo que vivimos, me trataría de loca, seguro, así que era mejor mantener ese secreto conmigo.

A las ocho puntual, pasó a recogerme. ¡Qué guapo! Bajé al portal nerviosa con esa mezcla se ilusión y miedo que hacía tiempo que no sentía.

Salimos a cenar a un restaurante del centro. Era un sitio agradable, con luces suaves y mesas pequeñas. Hablamos despacio, sin prisas, como si los dos quisiéramos alargar cada momento.

Jaime escuchaba con atención, como si todo lo que yo decía fuese importante.

Después de cenar, fuimos a bailar y a tomar una copa. El local estaba lleno, con música suave primero y luego, más animada.

Bailamos cerca, sin hablar demasiado. Yo, notaba su mano firme en mi cintura y esa sensación me resultaba tan familiar, que casi dolía.

En un momento, mientras sonaba una canción lenta, me miró directamente.

-Te he echado de menos- dijo en voz baja.

No supe qué responder. Solo lo miré.

Y seguimos bailando.

11

Fue maravilloso el sábado y cuando me dejó en el portal, me besó y ese beso me transportó al pasado.

Desde el sábado, Jaime empezó a llamarme todos los días, charlábamos, reíamos, era tan divertido... Siempre por la noche como lo hizo Fernando, cuando terminaba por la noche. Y empecé a ser feliz de verdad. Me decía chiquita.

Al principio eran conversaciones tranquilas, preguntándome como me había ido el día, recordando detalles de la playa, de la cena, del baile. Pero poco a poco las llamadas se fueron haciendo más largas, más íntimas, más llenas de silencios cómodos.

Él empezó a soñar.

Sueños recurrentes. Sueños que lo llevaban atrás, a aquella época en que éramos más jóvenes, cuando todo parecía más intenso, más definitivo. Soñaba conmigo caminando a su lado hacía la alcoba, con su risa, con su forma de mirarme. Y también soñaba con aquella noche en la que habíamos hecho el amor, con la sensación de tenerme cerca, con la calma que sentía al despertarse a mi lado.

Los sueños se repetían.

A veces cambiaban los escenarios, pero siempre era yo. Siempre era ese pasado que, de repente, parecía querer volver a hacerse presente.

Los fines de semana empezó a venir a verme más. Llegaba el viernes por la tarde o el sábado por la mañana, y el tiempo entre nosotros fluía con naturalidad, como si nunca hubiéramos dejado de vernos.

Paseábamos, tomábamos café, hablábamos durante horas… y por la noche se quedaba en mi piso, juntos haciendo el amor hasta la madrugada.

La relación fue creciendo casi sin darnos cuenta. No hubo una conversación formal, ni una decisión concreta. Simplemente empezó a ocurrir.

Una noche, después de estar juntos, y hacer el amor, acostados en silencio, Jaime me habló en silencio, Jaime me habló de los sueños.

-Sueño contigo… casi todas las noches pequeña- me dijo en voz baja, como si confesara algo muy íntimo- sueño con nosotros… como antes, un antes que no adivino. Y cuando me despierto, tengo la sensación de que no ha pasado el tiempo.

Yo lo escuchó moverse, sintiendo como aquellas palabras me tocaban profundamente.

-¿Y te asusta?- Le pregunté.

-No preciosa- respondió- me hacen pensar en cosas que no se olvidan nunca y que quizá nunca existieron.

Y en el silencio que siguió ambos entendimos que aquello, no solo era un reencuentro, era algo del pasado que volvía a estar presente.

-Recuerdo el día de la playa y sé que sabes algo que no me quieres contar, preciosa. Que estuvimos juntos de verdad… ¿es eso?

-Estuvimos sí, pero te lo contaré otro día, ahora te necesito más que nunca.

-Pervertidilla…

-Sí, me pones mucho mi sargento.

-Lo que ordene mi profe, soy un buen alumno.

-El mejor de todos. Me gusta cómo pronuncias las eses.

Y a mí cómo te las comes…

-Ummm, eso me da muchas satisfacciones como tú.

Y entraba en mis nalgas chupándome y lamiéndome como nadie.

-¡Ay loco!, dios mío Jaime…

Era un loco maravilloso y hacía el amor como Dios. También fue maravilloso como cuando lo hicimos por primera vez y éramos vírgenes.

Tenía que pensar cómo decirle lo nuestro sin parecer una loca. Y supe algo que en ese momento fue como un sexto sentido. Que debía dejarlo soñar más hasta que recordara todo, absolutamente todo. Si había empezado…

Y no me equivoqué, cada fin de semana, venía contento a verme, salvo cuando tenía guardia y me contaba sus sueños. Y dos meses después de estar juntos, éramos pareja, eso me decía "mi novia" me habló de una torre, un castillo y que había jóvenes y él también lo era, un caballero que iba a una batalla, pero muy joven, con ropa medieval y me veía solo a mí y a mis amigos, e resto de la mesa, su padre no ni un rey, y yo solo lo veía a él. Hacíamos el amor y que me decía que era suya, que lo espera toda la eternidad. Que era suya. Pero me desperté temblando chiquita. Sentía una espada atravesarme y morir con tu nombre en mi boca.

Y lloré, esa noche, lloré mucho.

-No llores cielo…

-Cuando te cuente lo que tengo que decirle, quizá me dejes por loca.

-Más que yo con estos sueños, no creo.

Y empecé a contarle todo, absolutamente todo.

-¿Eso es cierto?

-Lo es, fui tuya a los catorce años y tú a los dieciséis. Te reconocí en la playa, te hubiera reconocido en el fin del mundo, en todas las vidas que hubiera tenido. Me dijiste que me buscarías en toda la eternidad si no volvías, y no volviste, pero ahora tras siglos has vuelto a por mi, porque soy tuya. Tu padre fue Álvaro de Luna , el condestable del rey Juan II padre de Isabel la Católica y tú no estás en los libros, pero eras su hijo, uno ilegítimo. Tuvo otro, pero eras el preferido y estaba orgulloso de ti y muy triste al volver sin ti. Eras apenas un niño, Jaime de Luna.

-Dios mío, si eso fue verdad…

-Lo fue, cuando vengas a mi pueblo iremos a ver la torre y si tenemos suerte verás la que fue. La última vez estaba, pero ya no estaba nadie. Traspasé la puerta y no había guerra.

-Y supe que ya debía seguir mi vida, pero te encontré y no quiero dejarte. Te amo.

-Yo también te amo, a pesar solo de estar juntos dos meses, tengo la sensación de que eres eternamente mía.

-Lo soy, dejé de ser virgen contigo.

-Es algo increíble si es verdad. No te creería si no soñara lo que sueño, pero me llamo así, mi padre, mis hermanos…

-Ven, -y estuvimos abrazados largo rato, besándonos, pensando si solo eran sueños todo.

-Sabes chiquita, me da igual si fue un sueño, si no lo es, si fue verdad, de lo que estoy seguro es que eres mía ahora y me tienes loco- y me puso encima con lo fuerte y alto que era y cabalgue sobre él como había cabalgado esos caballos cristianos con sus cruces, pero ahora en esa batalla nuestra y blanca.

Con Jaime eran todas las batallas.

En agosto, ya llevábamos unos meses juntos y tan felices… Jaime quiso que fuésemos de vacaciones juntos. Le encantaba viajar, así que fuimos a Italia una semana, y después me dijo que íbamos a Cuenca, que les había hablado a sus padres de mi. Estaríamos unos días y resto en la playa, en Cádiz.

Yo tuve miedo cuando me dijo que iba a presentarme a sus padres que querían conocerme.

-Chiquita, mis padres no son los de ese mequetrefe abogado, ni yo lo soy, así que vamos a pasar unas vacaciones maravillosas. Olvídate de todo y disfruta de tu caballero. ¿Vale?, te preocupas por todo mujer.

Pasamos una semana maravillosa entre Roma y Venecia. Fue una de las semanas que quedan grabadas para siempre, como si el tiempo fuese nuestro, antes y ahora, sin detenerse.

En Roma, paseamos sin prisas, perdiéndonos en esas calles estrechas. Yo nunca había ido, olían a café y a historia antigua. Jaime me echaba el brazo por encima o me daba la mano, como si no quisiera soltarme ni un instante. A veces, se detenía un minuto para mirarme y yo lo besaba.

-No sabes cuánto he esperado esto- me dijo una tarde mientras cruzábamos una plaza iluminada por la luz del atardecer.

Jaime cuando se lo proponía, era todo a la vez y eso me encantaba, podía ser divertido, ingenioso, romántico y profundamente sexual y me hacía reír con cosas inesperadas, me contaba historias y yo le decía:

-Eh, la profe de historia soy yo.

Pero él se inventaba historias sobre la gente que pasaba, y de pronto sin avisar, me daba un beso, que me desarmaba. Era un poco bobo. Y se reía conmigo por mi acento.

Cenábamos en pequeñas trattorias, brindábamos con vino italiano, compartíamos platos y nos mirábamos como si el mundo no existiera, como si tuviésemos que recuperar el tiempo, el tiempo de siglos para él y se años para mí.

En Venecia, todo se volvió más íntimo. Los paseos por los canales, las calles silenciosas al atardecer o al caer la noche, el sonido lejano del agua. Todo parecía estar hecho para nosotros. Él, se mostró especialmente atento, abría las puertas para que entrara, me ofrecía su chaqueta si refrescaba y yo me echaba en su pecho. Nos parábamos en los puentes solitarios y hablábamos en voz bajita, me tocaba el pelo y me besaba con ternura. Definitivamente siempre estuve enamorada y sabía que era el amor de mi vida y que ya nunca podría buscar en ningún lado nada más pasase lo que pasase, porque era mi caballero, para la eternidad, para toda la vida. Lo encontré en esa puerta entre dos mundos, esa que ahora se cerraba en uno nuestro, solo uno.

Cuando volvimos descansamos un par de días y nos encaminamos a ver a su familia, a Cañete, Cuenca.

Yo iba nerviosa todo el camino.

-¿Quieres dejarlo ya mujer?… todo el mundo te va a querer- pero yo iba callada por momentos. Jaime apretaba la mano la volante.

- Vas a ver cómo te quieren- me dijo de nuevo con una sonrisa tranquila.

Pero yo no estaba del todo segura, no quería sentirme de nuevo fuera de lugar. Sin embargo, supe desde le primer instante en que llegamos que me había equivocado.

Su madre, me recibió con una sonrisa cálida y un abrazo espontáneo, como si me conociera de toda la vida y yo a ella. Su padre era afable y cercano, me miraba con simpatía, haciendo bromas desde el principio para romper el hielo.

Y enseguida empezó algo que me sorprendió y enterneció a la vez.

-Pero hija, tienes que comer más… estás muy delgada- me decía su madre mientras me servía más comida del restaurante.

-Un poco más que esto lo he hecho especialmente, o prueba esto castellano, ya verás…

No podía negarme, querían que comiera a todas horas, dulces, fruta, café, como si tuvieran que cuidarme.

Me miraban con cariño y aprobación, casi con orgullo. Lo noté, ¡qué distinto todo!. Jaime se reía.

-Si ríete, me iré con cinco kilos de más…

-Te los quito en dos noches.

-No le hagas caso, Carmen, es tremendo este hijo mío.

Pero yo me sentía como en mi propia casa.

No había frialdad

No había reservas

No había rivalidades, solo paz, paseos, besos y tontadas con él que era un payaso a veces.

Cuando nos marchamos, su padres me abrazaron de nuevo.

-Vuelve pronto cariño, ya eres de la familia.

Y en el coche de vuelta, lo miré con una sonrisa tranquila, muy distinta al viaje de vuelta.

-Tenías razón- son maravillosos y lo he pasado genial. Y que sepas que tu padre era el mismo de la mesa del rey.

Y Jaime, sin decirme nada, me tomó la mano.

Los días que quedaron pasamos a ir a la playa a Cádiz y nos lo pasamos genial, como niños, pasear, bañarnos, comer y hacer el amor y descansar.

A la vuelta, fui a casa de mis padres una semana. Él tenía trabajo en la base.

-Te voy a echar de menos.

-Pero si me voy lunes y vengo el finde semana.

-Son muchos días sin hacerte el amor…

-Pero ¡qué tontillo eres!…

-Es que te necesito chiquita.

-No te va a pasar nada, mimoso.

-¿Y si desaparezco de nuevo?. Quiero ir a ver esa torre y no puedo ahora.

-En el primer puente vamos. Y así conoces a los míos, tengo que hablarle a mi padre de ti.

-Pero ten cuidado -y me regaló un móvil, el primer móvil.

-Eso es…

-Para comunicarnos.- Y me enseñó a meter números y a llamarnos a cualquier hora. Tenía mi número y el suyo. Ya iría anotando más. Ahora, eso era una piedra que pesaba…

-Esto es un arma de defensa- y él se rio con ganas- también.

Como siempre que llegué pasee con mi padre y le conté que lo había conocido, que había ido a Roma con él y había ido a Cuenca a conocer a sus padres, que llevábamos cinco meses juntos.

-Lo traigo a que lo conozcas en el primer puente. Te va a gustar. Es ingeniero y militar y va a guerras, eso me da miedo. Está en la base de Morón, quizá nos compremos un piso juntos.

-Espera que te pida matrimonio- pero supe que mi padre, ese le gustaba.

-Esperaré.

Y esperamos y en el puente de la Inmaculada, fuimos al pueblo.

-Ahora yo voy nervioso, chiquita.

-No va a pasar nada, te querrán. Mi madre es como la tuya, en cuanto entres te pone comida.

El fin de semana del puente de Octubre, fuimos a mi pueblo a ver a mis padres, cuando empezaba a refrescar y la aceituna empezaba a engordar. Yo iba nerviosa como siempre que algo era importante para mí, pero también feliz. Él me los presento a los suyos en verano y me tocaba ahora que conociera mis raíces, mi pueblo, a mis padres y dónde nos conocimos.

Jaime parecía tranquilo, seguro, como si todo fuese natural, eso sí, conducía él mi coche. Era tremendo. No es que no se fiara, que también, pero lo pasaba mal si él no lo hacía.

Cuando llegamos, mi madre lo miró desde el primer momento con curiosidad y ternura.

Le habló con esa cercanía que ella tenía siempre, preguntándole por su trabajo, por su familia, por su vida. Jaime contestó con sencillez, con respeto y poco a poco, la conversación fue fluyendo como si se conocieran desde hacía tiempo.

Mi padre, en cambio, fue más silencioso. Después de comer, le dijo:

-¿Te vienes a dar un paseo?

Salieron los dos hacía el campo, mientras yo me eché en el sofá charlando con mi madre. Seguro se fueron por el camino de tierra, entre los olivos, donde íbamos siempre los dos, y sentí un nudo en le estómago que aparece cuando sabes que algo importante está pasando.

Caminaron largo rato, según me contó luego Jaime. Mi padre le preguntó por sus intenciones por su vida en el ejército, por lo que esperaba del futuro. Jaime respondió con sinceridad, sin rodeos, hablándole con cariño, con respeto, con esa segura tranquilidad que tenía.

Cuando volvieron, mi padre estaba diferente, más relajado, más cercano, incluso sonrió.

Más tarde, cuando Jaime no escuchaba, me dijo en voz baja:

-Me gusta… y mucho. Es un buen hombre.

Aquella noche fuimos a la torre, como hacía siempre salvo las últimas veces, en que me di por vencida, pero quería llevarlo a él, donde todo empezó y que lo viera, aunque fuese en esta época.

Subimos al anochecer cuando el cielo se volvía violeta y el pueblo empezaba a encender sus luces. Desde allí, subimos arriba del torreón con cuidado, se veía todo: los campos, las casas de abajo blancas, el campanario, el horizonte infinito…

Al bajar, nos sentamos en el suelo de piedra, apoyados uno junto a otro, en silencio, al lado del boquete. Jaime me rodeó con su brazo. Yo apoyé la cabeza en su hombro. No hacía falta hablar.

Después fuimos a tomar unas cervezas y unas tapas. Y se lo presenté a la gente que conocía.

El segundo día, volvimos a subir a la torre, y fue entonces, cuando ocurrió algo mágico, y extraño.

La luz del atardecer caía sobre la torre y , de pronto el tiempo pareció detenerse. El tiempo volvía atrás, y todo se recomponía como entonces, las antorchas, los suelos y paredes, las escaleras nuevas y bajamos por ellas.

-Está ocurriendo Jaime-le dije emocionada.

Él estaba anonadado, sin creerlo, los caballos por el túnel al galope.

-¡Me cago en la puta!- dijo.

Y sentimos el ruido en el comedor.

-Ven- de dije sin miedo aunque él era más reticente.

Y lo vimos, a su padre, a él, al rey y a los nobles comiendo y a las mujeres sirviendo la comida, esperando la batalla, haciendo un inciso entre ella.

El viento parecía traer ecos de otro tiempo. Lo miraba con la boca abierta.

-Eres tú- le dije señalándolo en la mesa, tu padre, el rey, el resto no sé quiénes son.

Abrazados éramos espectadores de un pasado ya vivido. Sentíamos la historia viva alrededor, la torre guardando secretos de amores, guerras, de despedidas.

Nos vimos a esa edad en que hicimos el amor, nos vimos cuando él me dio la mano y me llevó a su alcoba y él miraba la escena irreal y me miraba a mi contenta, alegre, feliz.

Después salimos antes de que todo desapareciera y tuviésemos que subir por el boquete sin ayuda.

La noche fue cayendo lentamente y Jaime iba en silencio.

-Hemos visto lo que tú viste… éramos nosotros, te dije que eras mía por toda la eternidad que me esperaras.

-Sí, y moriste en la batalla y he tenido que esperar años y tú siglos.

-Es increíble chiquita. Si no lo veo… he visto cosas en las guerras y en mi vida, pero esto…

-Ahora sabes por qué te amo tanto. Fuiste el primero y siempre he sido tuya. Y me apretó fuerte.

Ya en mi dormitorio con la ventana abierta al campo nos abrazamos con ternura. Nuestra historia, era una historia de amor, distinta, libre, increíble.

Y esa noche en casa de mis padres hicimos el amor de una manera distinta, como la primera vez, como dos adolescentes.

Jaime era parte de mi vida, era mi vida. Puede que la forma de conocerlo no fuese la más normal, pero fue la mejor.

Una puerta y dos mundos distintos entre nosotros y en el quicio… el amor eterno.

Epílogo

-Rosa, se casó dos veces y tuvo un hijo, no estudió en la Universidad.

-Amalía se casó en Granada y no tuvo hijos.

-Manolo, que no fue a estudiar, puso un bar en el pueblo y tuvo una hija y un hijo.

-Manoli se casó con un gaditano y tiene un par de hijos. Estudió ingeniería agrónoma.

-José, sigue trabajando en el pueblo, en lo que puede y jugando con el alcohol y las drogas. Nunca se casó. Aún nos saludamos cuando voy al pueblo.

-Eugenio, se fue al país Vasco. Fue guardia civil como su padre, cuando el País Vasco era complicado políticamente. Siempre buscando lo complicado, valiente. Posteriormente se fue Valencia y se cambio a Policía. Se casó y se divorció y ha tenido parejas.

Y yo… me compre un piso en el centro de Sevilla maravilloso, con Jaime. Tuve que sufrir cuando fue a Irak y estaba embarazada de Álvaro mi primer hijo, pensé que no volvía, pero esta vez, lo hizo. La vida cambio nuestro futuro. Tuvimos otro hijo más, Jaime.

Sigo siendo profesora de historia en el mismo instituto y él en Morón, fue ascendiendo…

Y siempre hemos sido nuestros. Fue una promesa que nos hicimos en 1976 y en 1431.

Y la torre…

Hemos vuelto a la torre, pero la han reformado, dentro guarda sus secretos y los nuestros. Sobre todo nuestro amor y nuestra primera vez.

Si vamos, subimos al torreón a ver el horizonte con los chicos y le decimos que ahí nos conocimos, vemos el museo que se ha hecho… y nos miramos como la primera vez.